
Rosales, Justo Abel. *Mi campaña al Perú, 1879-1881* (Concepción, Universidad de Concepción, 1984) 17-26, 35-38, 43-46, 163-165, 173-175, 208-224, 280.

I. “¡Al fin íbamos a la guerra!”*

(p. 17-26)

1879

Ardiendo yo en deseos de incorporarme a algún cuerpo del Ejército de operaciones en el Perú, busqué la primera ocasión que marchara alguno o se formara uno nuevo. Leí en los diarios que en Aconcagua se iba a formar uno bajo el mando del Comandante o jefe del “Depósito de Reclutas y Reemplazos”, teniente coronel don Rafael Díaz Muñoz. Un día D. D. Lastarria me dijo, al decirle yo que deseaba saber lo que era la guerra: le apruebo su idea.

El secretario señor Valdivieso no creía cierto mi proyecto y a mis instancias me recomendó a sus influencias de los ministerios para que se me colocara en la nueva tropa de aquella provincia. El sábado 22 de noviembre leí el decreto en que se manda organizar el batallón Aconcagua N° 1 que irá al frente, y redoblé mis esfuerzos. Don Alejandro Valdivieso, oficial mayor del Ministerio de Hacienda, avisado ya de antemano, me dio una carta para el dicho señor Díaz Muñoz, en que se le decía que yo era la persona empleada en la Secretaría de la Corte de Apelaciones, recomendada verbalmente a él.

Yo, al presentar la carta, le dije: no le pido un puesto determinado en su batallón; déme el que le parezca, pues todo mi anhelo es ir a la guerra y pelear por mi Patria. Si este batallón, agregué, no ha de ir a campaña activa, no me incorporo a él. El Comandante dijo que sólo tenía vacante una plaza de sargento 2º, la que yo admití en el acto. Me citó para el día siguiente, a fin de darme noticias sobre el día de la partida.

Contentísimo me retiré. En la tarde del día siguiente, domingo 23 de noviembre, me encontré con Francisco J. Vargas y le dije que me acompañara a casa del señor Díaz Muñoz. Este estaba en casa de don Ventura Silva. Al preguntar por él, salió un militar grande como un sauce, quien me recibió muy bien, anunciándome estar enfermo y en cama el Comandante Muñoz. Dicho sauce, me dijo Vargas que era el mayor del nuevo batallón, don Juan Pablo Bustamante. Este entró a la casa, habló con el Comandante y

* Los títulos son de la editora.



luego salió a decirme que me tenía una vacante de sargento 1º y no de 2º. Está bien, le dije, ¿pero este batallón irá a campaña activa?, porque si sólo va de destacamento o guarnición, yo busco otro cuerpo. Sí, iremos a la guerra, me contestó sonriéndose el mayor; entre no más al batallón, que conmigo no le irá mal.

De nuevo me retiré muy contento. Se me dijo que la partida sería muy próxima, apenas se mejorara el Comandante, y que todos los días fuera al cuartel de la Recoleta a saber sobre el día de salida a San Felipe.

El martes 25, en la mañana, se me dijo en el cuartel que la salida era el día siguiente. Comunicué al secretario esto. Trató de disuadirme de mi proyecto; pero yo estaba impaciente porque sonara la hora de partida, no sin que sintiera dejar quien sabe si para siempre a Santiago. A mi solicitud, ese mismo día, el señor Valdivieso tuvo el señalado servicio de otorgarme el certificado siguiente, que conservaré mientras viva:

“Secretaría de la Corte de Apelaciones de Santiago. 1ª Sala. Certifico que el oficial de esta Secretaría Justo Abel Rosales Justiniano, que va a ingresar al Ejército para hacer la campaña actual contra el Perú y Bolivia, abandona su empleo voluntariamente por servir entre las filas de los que combaten a la sombra de nuestra bandera, y atendiendo al buen desempeño de las funciones de su cargo, a su buena conducta y competencia, vengo en conservarle retenido su actual empleo, para que lo ocupe cuando lo estime conveniente y en cualquier tiempo, quedando sólo en calidad de interino el que ocupe su vacante. Santiago, noviembre veinte y seis de mil ochocientos setenta y nueve (Firmado) V. Valdivieso”.

Se me antojó pedirle que la fecha fuera la del día siguiente, para recordar la de mi salida de Santiago. En la tarde de este día fui a despedirme del Secretario a su casa. De nuevo trató de disuadirme de mi proyecto, que calificó de locura. Sólo sus hermanas le decían que me dejara cumplir mis gustos. Una de ellas me regaló un bonito escapulario del Carmen, que en su presencia me lo puse al cuello. El Secretario además me dio plata, sueldo de un mes. En fin, me retiré de la casa del Sr. Valdivieso no sin cierta pena. También me despedí ahí de don Alejandro Valdivieso, que había sido el más empeñoso en secundar mi proyecto.

Mis demás despedidas ¡para qué escribirlas, están escritas en el corazón ...!

El miércoles 26 fui al cuartel de la Recoleta, por la mañana. Estaba ahí el mayor Bustamante. Este me dijo que me aprontara luego, porque nos embarcábamos en el tren de las 10 A. M. A mi vuelta a mi pieza la encontré llena de amigos y amigas. Querían darme el último adiós. Sin embargo, yo no había hecho mover uno solo de mis muebles. Carlos Valenzuela se iba a quedar viviendo en esa pieza, con encargo de cuidar de todo.

Sonaron las 9 A. M. y me metí en un coche, con mi cama y caja de cuero. Rafael Morales me acompañó hasta la Estación de Ferrocarriles. Me parecía que iba a uno de tantos paseos que hacía en Santiago. En la Estación me encontré con Vargas que iba de



subteniente y con Oliva, que iba de teniente, ambos amigos. El comandante y mayor llegaron a la estación y sacaron boletos para todos *los fundadores del batallón*. Al fin de tantos días de espera, partí a cumplir con mi deber de chileno, enrolado en el primer batallón que juzgué iría más pronto a campaña.

Todo este día fue para mí de pura alegría. Me parecía iba a un paseo. A veces ciertos recuerdos, los recuerdos de Santiago y de los amigos que abandonaba, turbaban momentáneamente mi contento. El deseo de conocer, de experimentar lo que es una guerra y la vida de soldado, me reanimaba.

Desembarcamos en San Felipe, yo con Vargas y González, otro subteniente, nos fuimos a comer a una posada a muchas cuadras de la población, a la cual llegamos a la caída del sol, o sol bajo como se dice por estas tierras. Se nos había dado orden de dirigimos al cuartel de policía, situado en la plaza, y a él nos dirigimos, después de bebernos buenos y largos tragos del rico chacolí que encanta a los aconcagüinos.

Ese cuartel es grande y cómodo. Su primer patio está rodeado de corredores y de piezas, algunas de las cuales fueron ocupadas por oficiales.

La gente nos miraba con curiosidad cuando íbamos entrando a la población.

Estuvimos en ese cuartel un momento, lo suficiente para reconocerlo. Vimos que nuestros equipajes (el mío se componía de mi cama y caja) habían llegado ya y estaban en una pieza segura, y por este lado quedamos tranquilos.

Este primer día de estada en San Felipe fue de rasca general. Yo no sé cómo quedé solo a las 10 de la noche, hora en que me encontraron dormido en un sofá frente al cuartel, al cual me llevaron. La primera pieza que encontré fue la del capitán Campos y en su cama me acosté vestido, creyendo que era la mía. Ignoro qué hora sería cuando ese capitán me recordó para que me fuera a dormir a la mía. Salí al patio, lo encontré solo y me creí estar perdido. No pude saber ni dónde estaba la pieza del capitán.

Por fortuna encontré una mesa en el comedor, y en ella me tendí, quedándome dormido como en la mejor cama. Cuando aclaraba el día y las diucas cantaban diana, desperté tiritando de frío. Era la primera madrugada en mi nueva carrera.

Comencé a pasearme en el patio, mientras iba aclarando el día, iba distinguiendo camas tendidas por todos los cuatro corredores que circundan el extenso patio. Reconocí la mía, y en ella dormían tres individuos, uno de los cuales era el sargento Ramos, que la había extendido creyendo ser la suya.

El día siguiente, jueves 27 de noviembre, continuamos sueltos por todas partes. Eramos todos paisanos aún y nos ocupábamos en pasear, comer y beber los variados licores de este fértil valle. No le vimos la cara a ninguno de nuestros jefes. Sin duda que también lograban a sus anchas estos días de ocio. Yo me entretenía en leer diarios, que se reciben en abundancia como en Santiago y comienzan a circular desde las 11 A. M.



El viernes 28 pasó de la misma manera. Supimos que el mayor buscaba un cuartel para formar el batallón. Yo principiaba a aburrirme. En la tarde nos filiamos todos, con la fecha 27. Esa noche pude dormir a gusto en mi cama. Algunos no vinieron al cuartel esa noche y llegaron al día siguiente *como la parra*.

El sábado 29, como a las 12 M., se nos dio orden de preparamos para cambiar de domicilio. Ya era tiempo.

La primera lista que se pasó fue como a las 9 de la noche anterior, y la pasó el capitán Campos, si no estoy equivocado.

Muy contentos nos fuimos al nuevo cuartel, que era un monasterio viejo, situado en la esquina de la calle de Toro Mazote y la Alameda del sur, o de las Delicias. El edificio es viejo, tiene cuatro patios, siendo el tercero con acequia y un buen parrón, y es la única agua con que se riegan los demás patios y piezas. El segundo tiene un naranjo y una magnolia de bellísimos colores. Hay también rosas y otras plantas de jardín. Los otros dos patios sólo tienen perales. La iglesia, que está a la derecha de la puerta de entrada, conserva aún los altares de madera, con cornisas doradas. En fin, la extensión y gran número de piezas de este monasterio lo hacen al propósito para un cuartel.

Pero nos alarmó una cosa, el inmenso número de pulgas y de arañas de que estaba invadido hasta en los patios. Todos andábamos bailando como los perros. Hubo que inundar de agua hasta las paredes y después mandar a buscar alfalfa y cuanto arbusto se encontraba en la Alameda para tapizar las piezas y gran parte de los patios. Por este motivo y por el gran calor que hacía, aún más que en Santiago, todos tomamos colocación con nuestras camas en los corredores que rodean el segundo patio, y ahí permanecí hasta que nos fuimos a Quillota, como casi la mayor parte de los oficiales.

Este antiguo monasterio pertenecía a las monjas del Buen Pastor, que desde hace algunos años ocupan el nuevo edificio construido en la Alameda de Yungay. Más tarde, el actual cura Gómez lo convirtió en colegio de internos, donde se educaba lo mejor de la juventud sanfelipeña y de otras muchas partes de Chile, y aun del extranjero. Se sentaban en sus bancos mexicanos, peruanos y de otras repúblicas vecinas. El establecimiento adquirió gran fama con las larguezas del cura Gómez, que liquidando cuentas el 76, vio que perdía como \$ 11.000 (sic) y se acabó el colegio. Desde entonces acá, creo que había sido ocupado por el Lautaro.

Hasta el 29 de noviembre sólo se habían filiado cuatro soldados, entre ellos José López, el más antiguo de mi compañía. Pero en este día el ayudante don Manuel Jesús Narváez trayendo 50 hombres del Depósito de Reclutas y Reemplazos, que se distribuyeron a todas las compañías, que hasta ese día estaban formadas por los sargentos venidos de Santiago. El domingo 30 se les dio a reconocer compañía y éstas quedaron constituidas de hecho con esa base.



Se gastaron 110 pesos 75 centavos en diarios suministrados a estos individuos, que pertenecían a los departamentos de Quillota, Chillán, Talca, Vichuquén, Aconcagua y Cauquenes. De esta manera, con gente extraña a Aconcagua, fue formado el batallón de este nombre, porque desde el primer día de nuestra llegada se supo que el pueblo no simpatizaba con la manera de organizarlo, trayendo elementos de todas partes, jefes, oficiales y clases. Necesariamente, los soldados tenían que buscarse también afuera.

Desde el lunes 1° de diciembre empezaron algunos sargentos a instruir a los reclutas. Florindo Byssivinger, 1° de la 1ª, se encargó de la enseñanza de las clases.

En la iglesia empezamos nuestro aprendizaje, tarde y mañana se sentía el uno-dos-uno-dos de la marcha regular. Las *medias vueltas* casi me acabaron la paciencia. Y así dándonos vueltas, marchando para delante y atrás, como el cangrejo, o girando sobre los talones, fuimos entrando en vereda. Cuando nos cansábamos de sudar, nos retirábamos, y yo me iba a tender a mi cama o salía a la calle en busca de diarios, este pan indispensable de todos los días. *El Ferrocarril* nuevo y viejo era todo mi afán leerlos.

Hasta el día 3 de diciembre anduvimos de paisanos. Ese día llegaron de Santiago grandes cajones conteniendo trajes de brin y los rifles Beaumont, costando 23 pesos 5 centavos la conducción hasta el cuartel de todo eso. A mi compañía se repartieron los trajes el día siguiente, 4, en número solo de 60, y 120 camisas.

El 1° y el 3, llegaron de Los Andes partidas de voluntarios -traídos de las orejas-capitaneados por el brigadier Pedro Cano Castro, siendo la primera partida de 10 hombres, con un gasto de \$ 3 y la segunda de \$ 5, con otro tanto de gasto por diarios suministrados. Enseguida vino otra partida del mismo punto, de 8, con \$ 9 de gasto.

El batallón iba creciendo y ya salíamos por compañías a hacer ejercicios en la Alameda. Mi compañía la mandaba accidentalmente el teniente don Miguel Emilio Letelier.

El domingo 7 de diciembre salimos por vez primera a misa a la iglesia Matriz, mandados por el mayor Bustamante. Los guías derechos llevábamos fusiles viejos pedidos en la policía. La banda se componía de siete músicos, los suficientes para meter bulla y alarmar al pueblo.

Con nuestros trajes de brin parecíamos encontrarnos en una casa de locos. Tal era lo ridículo que nos pareció el color y corte de ellos. Pero parecíamos soldados, y esto nos consolaba.

El 9, Cano Castro trajo 15 voluntarios, con un gasto de 4 pesos 80 ctvos. y el 11 otros 15, con \$ 3,20 de gasto diarios.

El traje de paño se nos repartió el 13, sábado, y el día siguiente fuimos a misa, llevando los rifles Beaumont. El Aconcagua era ya todo un batallón. En cuanto a su disciplina, dejaba mucho que desear todavía. Esta vez el pueblo nos seguía por todas partes, entusiasmado con el batallón. Ya iban pensando los aconcagüinos que era



necesario enrolarse en él, como lo hicieron en esos días en que acudía mucha gente, ricos y pobres, a pedir una plaza aunque fuera de soldado. El cuartel se convirtió en una inmensa oficina de recepción de patriotas.

La noticia de la toma de Pisagua llegada en esos días decidió a los más enemigos del batallón a entrar en él, y comenzaron a llover los empeños para ser admitidos. La provincia entera se conmovió y la juventud sanfelipeña, y la de los lugares vecinos, acudió en gran número al cuartel. Casi no había casa que no contara por lo menos un soldado. Nosotros, que éramos mirados con recelo por ser de Santiago, fuimos poco a poco siendo simpáticos a todos.

Cuando se aproximaba el día 15, el mayor nos puso en el gran conflicto de hacer las listas de revistas. Recordaré siempre lo que nos costó hacerlas. Días enteros nos llevábamos de cabeza haciendo listas, que luego salían malas, para volver a comenzar de nuevo. El día 14 escribíamos en el patio todos los sargentos 1^{os} y estuvimos sin comer comida hasta las 9, escribiendo con vela.

El 15 pasamos la primera revista de comisario en la Alameda de las Delicias, y fue una novedad para nosotros, como era todo lo concerniente a la carrera. Las damas llegaban en coche a vernos desfilar de a uno en uno por delante del comisario, que leía nuestras listas, que tantos sudores nos habían costado.

Durante todos estos días el capitán Narváez llevaba la tropa al río para que se bañara. Era de ver el espectáculo que presentaban las orillas del turbio Aconcagua, llenas de hombres *en pelota*. Cuando ya salía el sol, nos poníamos en marcha al cuartel. Después de esto salíamos a hacer ejercicios, y enseguida se repartía el diario a los soldados, 20 ctvos. a cada uno. Esta operación tan odiosa la practicábamos los sargentos 1^{os}.

El día 21 el mayor nos llevó a la plaza a retratarnos, y aunque el fotógrafo puso todo su esmero en su trabajo, las planchas no quedaron buenas, y es por eso que nadie conserva una muestra. El fotógrafo, enojado porque le habían encontrado malo su trabajo, no quiso vender a nadie una muestra a ningún precio.

Por los días de Pascua el batallón hizo dos excursiones al campo, ambas de bastante provecho. Una fue al Peñón, lugar distante media legua por lo menos de San Felipe, y ahí tiramos al blanco por su vez primera. El blanco fue el mismo Peñón, que es una gran roca que le da nombre a todo ese lugar. Era de ver el susto de muchos soldados al ir a tirar. Sin embargo, varios apuntaron y ganaron la docena o más de *peras* que regalaba el cura Gómez como premio y como estímulo. Al retirarnos oímos tronar la voz del mayor que gritaba: “Capitán Torres, dónde va con esa mitad, señor”. En efecto, el capitán Torres, entendiéndolo mal un movimiento que se mandó, había salido con media compañía un cuarto de cuadra lejos de las demás. El Comandante asistió en coche a este ejercicio.

Esta fue nuestra primera excursión a pie a tal distancia.



La 2ª fue a unos potreros cerca de la Estación, entre ésta y el río. En una pampita cubierta con no sé qué yerba de una vara de alto, se nos hizo trabajar en evoluciones. No pocos fueron los porrazos que se dieron los soldados al pasar por entre esas tupidas malezas. Después de media hora de trabajo, el mayor dio descanso y durante él se ordenó que los soldados limpiaran el potrero con las bayonetas con yataganes. Todo el potrero se cubrió de soldados, que daban tajos y reverses por todos lados. En pocos minutos quedó limpio y sin tropiezos.

Hubo enseguida un ejercicio de fogueo y de evoluciones. Muchas señoritas empezaron a llegar en coche y otras a pie. Como a las tres de la tarde, y cuando ya sudábamos lo suficiente para convertirnos en sopa, se hizo echar a *tierra armas* y nos llevaron por compañías a la sombra de unos perales, donde habían grandes fondos de comida, corderos asados, chacolí con helados, ponche, cerveza y muchas otras cosas. Los licores los servían unas señoritas y la comida soldados encargados especialmente para eso.

La tropa comió y bebió bien. Los sargentos los fuimos llamados por el mayor y el cura para obsequiarnos buenos trozos de asado y refrescantes vasos de chacolí, todo lo cual vino a tiempo.

Algunos datos recogidos del Archivo de la Comandancia del Cuerpo me ponen en el caso de interrumpir el orden que me había propuesto llevar en este cuaderno; datos que consigno enseguida para llenar vacíos y hacer rectificaciones. *Este cuaderno lo escribo muchos meses después de la época a que se refiere: lo escribo en el Perú.*

Por Decreto del Ministerio de la Guerra de 25 de noviembre de 1879, se ordenó entregar a los batallones Melipilla y Aconcagua 1.200 pares de botas; 1.200 camisas; 600 levitas de paño; 600 pantalones id; 600 suspensores o tirantes; 600 quepíes de paño; 600 corbatines; 600 blusas de brin; 600 quepíes id. La nota de noviembre 26, en que se comunica esto, llama a Santiago al comandante “para la entrega del vestuario que corresponde a su tropa”.

La Inspección General de la Guardia Nacional se formó con el cuadro de la dotación del cuerpo en esta forma: Plana Mayor: 1 teniente coronel comandante; 1 sargento mayor; 2º Jefe; 2 capitanes ayudante; 1 subteniente abanderado; 1 sargento 2º; 1 cabo 2º; 10 tambores o cornetas. El total de individuos de tropa por compañías, 98.

El 4 de diciembre la Inspección de la Guardia Nacional adjuntó 18 nombramientos de oficiales.

Para la instalación del cuerpo, el batallón tuvo \$ 500; como lo expresa el siguiente Decreto Supremo de 25 de noviembre:

“Vista la nota que precede, la Tesorería General entregará al Comandante del batallón cívico movilizado Aconcagua, la cantidad de 500 pesos para los gastos de instalación e impresión de documentos. Rinda cuenta documentada de la inversión



de dicha suma. Aplíquese a las leyes de 3 de abril y 26 de agosto último. Refréndese, tómese razón, etc.”.

El 11 de diciembre de 1879, comunicó la Inspección General: Por el Ministerio de la Guerra se me dice en nota de 9 del actual: “Con esta fecha, digo al Comandante General de Armas de esta capital lo que sigue: De Suprema orden dispondrá V .S. que de almacenes de Maestranzas se remita a San Felipe, para el servicio del batallón cívico movilizad o Aconcagua, 600 fusiles Beaumont con su correa je correspondiente y 15.000 tiros a fogeo e igual número de tiros a bala”.

Después del recibo de estas armas probablemente el Comandante reclamó por la mala calidad de algunos, pues con fecha 20 de diciembre se remitió de la Maestranza de Santiago esta nota al Comandante:

“De orden del Sr. Ministro de la Guerra y según consta de la factura y boleta del ferrocarril, remito a Ud. ocho cajones con 20 fusiles Beaumont arreglados y probados. Sírvase Ud. acusarme el correspondiente recibo para mi resguardo y hacerlo probar, comunicándome el resultado que obtenga. Dios guarde a Ud. Marcos 2º Maturana”.

En la misma fecha, 9 de diciembre, en que se decretaba el envío de los 600 Beaumont, se ordenaba la remisión de cantimploras, corbatines (que no los he visto), y morrales. Dice una nota de 11 de diciembre:

“El Ministro de la Guerra me dice en nota fecha 9 de diciembre: Con esta fecha digo a los M.M. de la Tesorería General lo que sigue: Ordenen Uds. que de Almacenes de esa Tesorería se entreguen al capitán don Ambrosio Sánchez 600 cantimploras y 600 corbatines e igual número de morrales para el servicio del batallón cívico movilizad o Aconcagua”.

El batallón adquirió magníficas mochilas, camas, en esos mismos días. He aquí una nota del Ministerio de la Guerra a la Inspección General y ésta al Comandante:

“Santiago, diciembre 11. Con esta fecha digo al intendente General del Ejército y Armada en campaña lo que sigue: Disponga V. S. se remita a San Felipe para el servicio del batallón cívico movilizad o Aconcagua, 600 mochilas con su correspondiente correa je”.

La revista de Comisario, la primera pasada el día 18, se hizo en conformidad al siguiente decreto:

“San Felipe, diciembre 13 de 1879. El lunes próximo, 15 del actual, a las 9 A. M., pasará revista de Comisario al batallón cívico movilizad o Aconcagua en su cuartel, sirviendo de interventor en dicho acto el sargento mayor de Ejército don Victorino Valdivieso. -Blest Gana”.

El firmado era don Guillermo Blest Gana, Intendente y Comandante General de Armas de la Provincia, en cuya capital estábamos.

El 17 de diciembre se ordenó entregar 100 mantas más además de las 400 entregadas al batallón.

El 12 de diciembre mandó el comandante a Santiago, 12 nombramientos de sargento, que fueron aprobados y devueltos el 15. El mío tiene fecha 1º y debe haber ido antes.

Las 600 millas de que he hablado anteriormente, fueron acompañadas de otros tantos portacapotes, que se remitieron en 25 bultos el día 12.

Por fin, y ya estando el batallón bien equipado, con dos trajes, uno de brin y otro de paño, llegó la orden a fines de diciembre, de estar listos para trasladarnos a Quillota. En nota pasada por la Comandancia de Armas de San Felipe al Comandante del Cuerpo, se le dice:

“Nº 318. San Felipe, diciembre 30 de 1879. De orden Suprema, se trasladará Ud. a la brevedad posible, con el batallón que comanda, a la ciudad de Quillota, para atender en esa plaza a su instrucción militar. Dios Guarde a Ud. -Gmo. Blest Gana”.

En consecuencia, se fijó la hora de marcha para el 31 de diciembre a las 10 hrs.

Imposible es pintar el gusto que se apoderó de todos al saber que íbamos a salir, pues creíamos que en Quillota íbamos a estar muy pocos días, para marchar enseguida a la guerra.

Los aprestos empezaron. Todo se encajonó y arregló cuidadosamente, de modo que cuando llegó la hora de partida poco hubo que trabajar.

El 31 de diciembre, pocas horas antes de salir, me hizo una visita mi hermana Manuela con su marido José Silva. Poco fue el rato de gusto que tuve al verlos, pues los afanes del próximo viaje no me daban tiempo ni para almorzar.

A las 11 A. M. del día antes expresado formó el batallón en el patio principal del cuartel, y después de pasar lista, el cura Gómez pronunció una corta arenga a la tropa exhortándola a sufrirlo todo por amor a la Patria. Enseguida el capitán ayudante Augusto Nordenflycht leyó al batallón la proclama que va impresa en foja aparte. En la misma foja se relata nuestra salida, que me ahorra tiempo para escribirla yo.

Por ese impreso se verá la impresión que produjo en el pueblo nuestra salida.

El número 1 de Aconcagua. Este hermoso batallón se ha despedido de la provincia, y marchado ayer a su acantonamiento de Quillota.

A nombre de la provincia le enviamos nuestros adioses y nuestros aplausos.



Momentos antes de salir de su cuartel, el teniente coronel Comandante, señor Rafael Díaz Muñoz, hizo leer a sus valientes la sentida y severa proclama que copiamos:

“Soldados del batallón Aconcagua:

Lleno de placer me dirijo a vosotros para anunciaros que vamos a dar un paso más hacia el campo de la lid donde el patriotismo nos llama. Es llegado el momento de partir para Quillota abandonando vuestras madres, esposas e hijos.

No dudo que las lágrimas y los sentidos adioses de esas personas tan queridas, sean para vosotros muy dolorosas; a vuestra pena me asocio; pero no dudo tampoco que estas circunstancias multiplicarán vuestra decisión y serán un estímulo para que observéis una conducta honrosa en el cantón a que somos destinados, y os empeñéis en el campo de batalla por adquirir laureles con que volver a premiar las lágrimas y sacrificios de vuestras familias.

Es posible que el glorioso estandarte que tremoló en Pan de Azúcar y en las torres de Lima no nos acompañe; pero eso poco o nada importa a los valientes, porque bien sé, soldados, que vuestros corazones serán en las horas del combate un estandarte más poderoso y que más dignamente representará a la heroica provincia de Aconcagua.

¡Soldados!

Orden y moralidad en la marcha y en todas circunstancias, os exige vuestro Comandante y amigo.

Rafael Díaz Muñoz”.

Así habló, y la tropa se hizo la promesa de llenar como buenos las aspiraciones de su digno jefe. Poco antes de las 2 P. M. el batallón salió de su cuartel, y al compás de sus tambores, dio una vuelta por algunas calles de la población, haciendo herir los aires con los acordes de la canción de Yungay, en señal de marcha al campo del honor, en donde la patria ciñe la frente de los valientes con el laurel de las victorias.

Llegado a la estación, un inmenso gentío lo esperaba para darle su adiós y sus aplausos anticipados.

A las 3:30 P. M., más o menos, el tren partió, y un inmenso y atronador ¡Viva Chile! salido del interior de los carros atestados de soldados, vino a probar una vez más que los valientes hijos de la provincia heroica, aun en el momento más terrible para el corazón del hombre, aquel en que se da el último adiós a la familia amada, todo lo olvidan porque sienten en sus pechos la voz de la patria a quien todo sacrifican.

Tiernas, muy tiernas, son las escenas que en los momentos de la partida de tanto ser querido hemos presenciado: lágrimas, sollozos, desesperación... Allí una madre anciana, cuyo único apoyo le abandona; acá una esposa, con un tierno niño entre sus brazos desnudos, quiere reprochar a aquel padre que se ausenta; pero no se atreve, porque sabe que hay una voz más atrayente que la suya -la voz del patriotismo-, y se resigna, confiada en la Providencia; más allá... Pero renunciamos a describir aquellos cuadros mudos, desgarradores, porque la pluma vacila y el corazón se siente desfallecer.



El batallón N° 1 de Aconcagua ha partido, pero debe estar seguro de que nuestras miradas ni un solo instante se apartarán de sus filas, y la mano caritativa de los que aquí quedan será el consuelo y apoyo de las desvalidas (*Censor* del 1°).

El tren llegó a Quillota como a las 5 P. M., y después de desembarcar, entramos al pueblo al son de nuestra pequeña banda, y nos alojamos en un espacioso y cómodo cuartel situado en la calle de la Merced o *Calle Larga*, como cuatro cuadras de la plaza al sur (no me acuerdo dónde está el sur). La 1ª Compañía se alojó en los patios del convento de la Merced.

Ese cuartel tenía jardín, agua corriente y dos patios. En la noche casi todos dormimos en los corredores o bajo los parrones.

El día siguiente, 1° de enero de 1880, lo pasamos en diligencias de instalación o paseando.

Desde el 2 de dicho mes, empezaron los ejercicios de armas por la mañana en la plaza y en la tarde el tiro al blanco a la orilla del río, detrás del cerro de Mayorca. Se había observado que el rifle Beaumont no era bueno, lo mismo que las cápsulas. El Gobierno tuvo que mandar un Comisario para presenciar nuestros ejercicios.

Dice una nota:

“Santiago, enero 6 de 1880. De orden del señor Ministro de la Guerra se traslada a ésta, el portador de ésta, don Alberto Borton, Maestro Mayor de Armería, con el objeto de probar uno a uno los fusiles Beaumont destinados para el cuerpo de su mando, a fin de conocer prácticamente los defectos en el fusil y poderlos subsanar cuanto antes. M. 2° Maturana”.

El 7 de enero fuimos a tirar al blanco en presencia de Borton. Muchas cápsulas no reventaban; pero mi rifle salió tan bueno que las disparaba todas.

El yankee se volvió a Santiago a dar cuenta de su experimento. El 8 se trasladó de nuevo a Quillota con otra comisión igual. En el ejercicio de ese día se mataron a balazos dos burros que se interpusieron entre los blancos, que eran 3, y la línea de soldados.

Los experimentos salieron mal. Las cápsulas eran las malas. Por esto el 13 de enero se remitieron de Santiago 3 bultos conteniendo municiones Gevelot y Gurnot, que en la prueba resultaron mejor que las anteriores.

El día 9 se remitieron los portafusiles, que llegaron en un cajón.

Por los diarios sabíamos de vivas discusiones habidas en la Municipalidad de San Felipe, con motivo de querer unos que nuestro batallón llevase al Perú el Estandarte del N° 1 del año 38 ó 39. Al fin se acordó que nuestro batallón era el llamado a representar a la provincia de Aconcagua en la presente guerra, y se acordó llevarlo a Quillota y hacerle la entrega de tan preciosa reliquia.



El domingo 18 de enero llegaron en tren expreso de San Felipe los representantes de la Municipalidad de esa ciudad y su intendente, trayendo el Estandarte expresado, que atravesó orgulloso las calles embanderadas de Quillota.

Este pueblo se había vestido de gala al saber que nos iba a dar ese viejo y glorioso tricolor don José Canto, padre del subteniente don Belisario del Canto, de mi compañía era el que lo cargaba, y fue él mismo quien lo tomó en Pan de Azúcar.

Nuestro batallón formó al lado de la iglesia Matriz, en la plaza, y después de varios discursos, el Intendente Blest Gana entregó a nuestro Comandante el Estandarte, vestido de gran parada. Una descarga dada terminó este importante acto.

El día 19 hubo limpia de armas.

Pero hacía ya como 5 días que estábamos avisados de nuestra partida al norte. El Gobernador de Quillota había comunicado al Comandante del Cuerpo lo siguiente, con fecha 14 de enero:

“El señor Comandante general de Armas de la Provincia con fecha de ayer me dice: El señor Ministro de la Guerra con fecha de ayer me comunica lo que sigue: De Suprema orden disponga V. S. que el batallón cívico movilizado Aconcagua N° 1 se aliste para marchar al norte al primer aviso”.

En previsión de una próxima partida solicité permiso para ir a Santiago, arreglar mis cosas y despedirme de todos. El 13 en el expreso de la tarde partí a la capital, lleno de gusto y de cerveza. En este mismo día me visitó mi amigo Belisario Silva.

Lo que hice en Santiago no hay que escribirlo, porque no se escribe la despedida de tantos amigos y amigas.

El 14, en el tren de 10:30 P. M., me embarqué en Santiago para Quillota. Al hacerlo, entretenido como estaba en despedirme de Gómez, Canto, D'Heron y otros y otras amigas, no sentí que el tren caminaba. Corrí a subirme, metí una pierna por entre las ruedas del carro... ¡Y me salvé... sin saber cómo!

Al aclarar, Y cuando en nuestro cuartel tocaban diana llegué a Quillota.

El 15 pasamos revista de Comisario en la plaza de Quillota.

El día 20 de enero, martes, fuimos a la iglesia de la plaza donde el cura bendijo gran número de escapularios, que distribuyó al batallón uno a uno. Fue un acto que hizo derramar lágrimas a varias señoras que yo vi. Todos salimos a la calle con escapularios puestos encima de nuestras casacas. En esto se repartió la poesía que va impresa aparte.

En la noche hubo en la plaza gran *meeting*, discursos, música y no sé qué más. El cabo Espejo, que yo había traído de Santiago, pronunció un discurso que puso de buen humor a todos. Dijo, más o menos:

“Señores, yo he dejado mis comodidades por venir a la guerra, aquí voy con mi voluntad, y no me ha importado dejar en Santiago un par de hijas buenas mozas, porque primero está la Patria que las mujeres”.

La reunión siguió por las principales calles, precedida de nuestra banda.

El día 22, jueves, se nos dio orden de alistarnos para marchar a Valparaíso y de aquí al norte. No hay que hablar del gusto que se nos vino por asalto a nuestros entusiastas corazones. ¡Al fin íbamos a la guerra!

* * *

II. La realidad de la vida militar

(p. 35-38)

11.[de febrero,1880] *Miércoles*. Ejercicios de fuego por batallón y evoluciones. Las descargas estuvieron buenas. Se formó el cuadro con fuego graneado. Yo iba de guía derecho a la cabeza del batallón, de modo que me tocó quedar en una de las esquinas del cuadro, y aunque por ordenanza yo debía quedar dentro del cuadro, quedé en mi antiguo puesto, pues tenía placer en sentir zumbiar mis oídos por el estrépito del fuego. Era el primer ejercicio de esta naturaleza hecho en este lugar. En la tarde el subteniente Herrera hizo clase de guerrilla a la 23; en la cuadra. Como a las 4 P. M. los Cazadores del Desierto formaron y pasaron lista para marchar; pero habiendo faltado cerca de 100, se postergó la salida para mañana. Estando yo en el patio de ese cuerpo esperando la hora de salida, se me acercó un sargento 2º y se da a conocer de mí como amigo de otro tiempo. Era Darío N... cuyo aspecto estaba de todo cambiado por las fatigas de la larga expedición. A las 10 A. M. entré de guardia en la prevención con el capitán Torres. Todo lo dicho anteriormente sobre la llegada de buques y Cazadores, pertenece al día de mañana, en que sucedió todo eso.

He pasado una noche entera sentado en una mala silleta y armado con mi yatagán. Pasar una noche a toda intemperie, sin poder entrar a la vecina y aportillada pieza del sargento de guardia, porque las pulgas... también están de guardia; cabecear de vez en cuando y recular al instante al grito de los centinelas: ésta fue una noche de guardia en Antofagasta. Sin embargo, la monotonía de tal noche era a lo lejos interrumpida por la bulla que metía alguna alegre comparsa de máscaras que salía del vecino teatro, en cuyo lugar se despedían de los carnavales. Poco antes de aclarar no pude resistir de entrar a la pieza mencionada, e hice prender luz y me puse a escribir algunos de los apuntes de la semana pasada. A la hora de costumbre salió el batallón a



ejercicios y de ese lugar se mandó a la banda a recibir a los Carabineros de Yungay (véase lo escrito por equivocación en el día anterior).

A las 10 A. M. entregué la guardia y salí a respirar libre como si hubiera estado preso 24 horas. Y sin embargo, no había salido del mismo patio del cuartel, en este día llegan varios otros buques de vapor y vela.

12. *Jueves.* Aniversario de la Batalla de Chacabuco. Una parte de la población enarbola el pabellón nacional. Sale nuestro batallón a hacer ejercicios de armas y evoluciones. A las 11 A. M. se embarcó el batallón Cazadores del Desierto, cuatro compañías, en cinco grandes lanchas. Los recibió el “Angamos”. La banda de nuestro batallón los acompañó hasta el muelle. A la 1 P. M. abandonan el fondeadero el “Angamos” e “Itata”, que se divisaba lleno de gente. Eran soldados reclutas que marchaban al norte a engrosar o llenar bajas de algún cuerpo. Ayer y hoy me he bañado en una especie de tina de piedra que encontré entre los peñascos. El mar la baña cada minuto; su fondo es de suave piedra blanca, sin un punto saliente que pueda lastimar el cuerpo; su figura y tamaño es de una tina que es casi perfecta. Un baño en ella es de lo más agradable. Dificulto que la naturaleza pueda presentar un lugar mejor para bañarse. Nuestra banda tocó en la plaza a la hora de costumbre. Los Cazadores dejaron en tierra un grande y hermoso perro de color plomo oscuro, y que, según decían, era el mejor centinela que tenían en el desierto. Quedó en nuestro batallón, donde es cuidado poco menos que a Cuatro-Remos en otro tiempo por los bomberos de Valparaíso.

13. *Viernes.* Ejercicios de evoluciones. La primera que se mandó fue de lo peor que he visto en su ejecución. Casi no hubo comandante de mitad que no se turbara. Hubo tal confusión de compañías, que fue imposible acomodarse para quedar conformes con la voz de ejecución que fue: al frente en batalla, marchando la izquierda en cabeza. El capitán Torres, por una de esas genialidades muy comunes en él, se reía a mandíbula batiente al verse él y los demás sin saber por dónde darse vuelta. Mientras hacíamos ejercicios llegó un vapor del sur, que creo fue el de la correspondencia y luego se avistó otro más. Era éste el “Matías Cousiño”, según supe después, que traía a remolque al “Valdivia”, otro vapor, fondearon como a las 9:30 A. M. Este “Matías” es el mismo que tantas veces buscó al “Huáscar”, que siempre escapó ileso. Es un buque pintado de negro, largo, de dos palos con un cañón de chimenea que sale más a proa y no al medio, como se ve en todos los vapores, cuyo cañón está inclinado como las célebres torres de Pisa. La cubierta se divisa de una manera que yo no entiendo. Es un vapor de lo más raro que he visto, y por su aspecto extravagante es magnífico para hacer burlas a un enemigo, como era el “Huáscar”. En la tarde se embarcó en él el batallón Colchagua, acompañándolos hasta el muelle nuestra banda que arrancó aplausos, como otras veces, al tocar *Nos vamos al Perú*, cantado por los colchaguinos, lindo cuerpo por su instrucción como por la estatura y robustez de los que lo componen, desatracaron lanchas para dirigirse al “Matías”, lanzando atronadores *vivas* a la banda y a nuestro batallón. Ellos, ni ningún otro cuerpo existente aquí, desde que llegamos, han tenido banda mejor. En este día se terminan las listas de revistas y se



presentaron la mayoría. Las mías salieron muy buenas lo que es una rareza, pues con el mayor no se encuentra nada bueno. Sin embargo y a propósito de lo que se dice sobre las escrupulosidades que gasta el mayor, creo que yo en su lugar haría otro tanto. Pero no seguiría sus aguas, como dice un marino tratándose de ciertas frases que larga en menos de dos o tres, por rabia... En fin no es diversión de hablar sobre lo que yo pienso y siento sobre todos y cada uno de mis superiores. Pero será juicio que estamparé bien amargo algún día... Digo, pues, que las listas estuvieron buenas y que mañana será la revista. Esta noticia ha alegrado a todos; la tropa anda contenta y no es lo de menos, aunque las comidas siguen siendo malísimas, hay quienes sin necesidad aguantan todo por la patria.

La banda tocó en la puerta del cuartel diana, comenzando con el himno nacional, como estaba mandado en la orden del día. Al salir el sol, estando la tropa formada en el patio, y yo en una mesa en el medio de él escribiendo, uno de los fuertes del norte principiaba a descargar sus cañones de grueso calibre, al mismo tiempo que nuestra banda comienza los preludios de la Canción Nacional y la población empieza a engalanarse con el tricolor. Era que se celebraba el aniversario de la toma de Antofagasta por las fuerzas chilenas en igual día del año pasado. ¡Un año de guerra! Un año cabal de guerra escandalosa provocada por dos naciones desleales y corrompidas, que fraguaron infame alianza secreta, como lo hacen en la oscuridad de la noche los salteadores y gente perdida. A castigar a esos pueblos de vida perezosa e inhábiles para gobernarse, ha pasado por estas playas ardientes, que no tanto como el patriotismo chileno, un ejército tan numeroso y disciplinado cual nunca se ha visto en América, y que de victoria en victoria llegará hasta la capital orgullosa que lleva vida de Mesalina a las orillas del Rímac, y a castigar esos pueblos, esta bahía ha visto también surcar sus aguas, la más formidable escuadra americana, y aun extranjera, cuyos cañones parece que han resonado por todo el mundo, pregonando hazañas inmortales. Ya ese mismo fin estoy yo aquí y mi batallón, ansioso de seguir también adelante precedido de nuestro viejo y glorioso estandarte, ante cuyo trapo desteñido se me olvida todo lo que sufro de hambre y de sed; no siento las trasnochadas que el deber me impone; encuentro deliciosas las comidas que en Chile no las comerían los perros, tengo como besos de amor las caricias numerosas que me hacen a toda hora los cortantes incisivos de las pulgas, chinches y demás bichos que Dios se dignó mandar al pueblo del Faraón. Y al pensar en esta miseria que me rodea, me asalta involuntariamente a mi memoria el recuerdo de todo lo que dejé en Santiago, mis libros, mis cuadros, mi sofá, y todo... y todas.

A las 9 A. M., más o menos, pasamos la revista de comisario en la calle, lado afuera del cuartel. Concluida la revista, la banda tocó algunas piezas, hasta que el comisario y acompañantes se fueron. Como a las 10 A. M. entré de guardia en la prevención, sirviendo de Comandante de ella el teniente don M. Emilio Letelier, habiéndosela entregado el 1º Byssivinger. Una hora más tarde y después de recibir el rancho, la tropa estuvo lista para mudarse al cuartel dejado por el batallón Colchagua en



la calle de... No sé por qué sentí algo como pena al dejar ese cuartel, y creo que lo mismo me sucederá al abandonar todos los lugares testigos de la miseria en que se vive en estos climas infernales, en donde hasta nuestro propio gobierno parece decidido a ser el enemigo tenaz de nuestros estómagos y el gran especulador de nuestro patriotismo, como tantos otros desalmados. Al ver formado el batallón, con todo su equipo, se me figuraba nuestra salida para el norte, y cuando volvía la cabeza para la calle, como desechando ideas que no serán realidades hasta quién sabe cuándo, divisaba el mar tranquilo, como invitándonos a un pronto embarque, veía flotar al viento un centenar de banderas esparcidas en tantas casas y en la puerta de nuestro cuartel otra más, que parecía preguntarme: ¿Hasta cuándo no se van ustedes?

En el cuartel que habitamos desde que llegamos a este puerto, estuvieron antes el Santiago y... Y en el que ahora íbamos a ocupar, lo ha ocupado primero el Buin y después varios regimientos y batallones: el Valdivia, Lautaro, Esmeralda, Chile, Colchagua, y al último nosotros.

Poco después de las 10 A. M., estando ya formado el batallón, se bajó la bandera del cuartel, se enrolló bien y... se le mandó entregar a su dueño, pues era prestada. Inmediatamente salió el batallón rumbo del nuevo cuartel.

El cuartel que desocuparon los colchaguinos es también trabajado por los bolivianos. Como el que desocupamos nosotros, tiene al frente un segundo piso con balcón, y es ocupado por la mayoría y habitaciones de los oficiales, cada uno de los cuales tiene una pieza. Encima de este segundo piso, el techo es plano, como son las casas en el Perú, y rodeado de balcones. Es un lugar muy cómodo y agradable, pues formando una explanada algo más que regular en tamaño, y a la altura de un tercer piso del edificio, da espacio para que unos 50 o más curiosos contemplen el bonito panorama del puerto. Las cuadras del primer piso fueron ocupadas por la tropa. Yo quedé con la guardia en el lugar correspondiente. En ella me entregaron en calidad de reo a un joven de no mala presencia, que según me dijo él mismo se le seguía un sumario no sé por qué.

Durante el resto del día pasé contento con el nuevo cuartel. En la tarde subí al tercer piso, por vez primera, y desde sus balcones y contornos paseé mi vista de curioso por el puerto cuya mar bravía parecía querer hundir a las naves en ella ancladas. De este lugar se goza de magnífica vista: al norte y poniente la bahía, con buen número de embarcaciones que se cruzan en todas direcciones por entre los vapores y buques de vela surtos en ella; por el oriente la cadena de cerros escarpados, a cuyas faldas está el cementerio y un poco al norte de éste, el hospital, es decir, el médico y el ataúd vecinos, y cruzando todas estas faldas o lomas, el camino de hierro, que cada media hora es cruzado por trenes que van y vuelven por el lado sur al interior; por el sur, como por el lado norte y centro, las máquinas resacadoras de agua y beneficiadoras del salitre, arrojando por sus chimeneas gruesas columnas de humo negro que empaña un tanto este cielo siempre puro, en medio del cual el sol se avanza arrojando llamas sobre



nuestras cabezas. En la bahía y población, centenares de banderas chilenas flotaban al viento, aumentando con esto el gracioso aspecto de esta población de tierra, formando contraste con el tricolor que orgulloso ondea en todas partes, símbolo de patriotismo y victoria, la bandera de la *Cruz Roja*, fija siempre al frente del Hospital, símbolo también, aquélla de la caridad, que no reconoce patria y bajo cuya sombra se cobijan todos los dolores.

A la caída de la tarde, la banda fue a tocar unas tres piezas al patio de la casa del Comandante del Cuerpo. Al entrarse el sol, la artillería hizo una salva en la plaza al mismo tiempo que la banda lucía las mejores piezas de su repertorio. La noche la pasé en la guardia y no hubo novedad. El jefe de servicio vino. Al venir el día recibí el regalo de un buen jarro de *gloriado* que vino muy a tiempo, y fue hecho por la camarada de Ramos.

La orden del día para hoy decía así:

“*Día 13.* En celebración del aniversario de la ocupación militar de Antofagasta por las armas de la República reivindicando sus derechos sobre este territorio, se enarbolará al rayar el sol el día de mañana en todos los cuarteles, fortificaciones de esta plaza, el pabellón nacional, a cuya hora por fuerzas de Artillería se hará una salva mayor en el lugar que se designe por esta Comandancia, tocando diana las bandas de música de los cuerpos de esta guarnición en las puertas de sus cuarteles, rompiendo por el himno nacional. Al ponerse el sol se hará por la misma fuerza otra salva idéntica a la anterior, debiendo concurrir con la debida anticipación a la plaza de Armas las bandas de música que al primer disparo tocaron la canción nacional, dando su paseo por el contorno de su recinto. En seguida éstas se alternarán para ejecutar variedad de piezas en dicho punto desde las 8 P. M. a las 9:30, retirándose después a sus cuarteles. Arriagada”.

En la noche noté que algunos chinchos me picaron las manos y cuello, apenas di unas cabeceadas; por lo que calculé que tan aborrecidos enemigos de nuestro sueño debían existir por regimientos en este cuartel. Este domingo no salió el batallón a ninguna parte, ni aun a misa, pues los colchaguinos se llevaron al capellán de ellos, que era el que decía misa. Ignoro por qué está tan desatendido el servicio religioso. Como a las 6 de la mañana de ese día llegó la banda al cuartel, después de haber pasado una noche tocando en la esquina de la plaza, donde se daba un baile al cual asistió el mayor del Cuerpo. A la hora de costumbre entregué la guardia al 1° A. Contador. Mientras hacíamos la entrega y recibo de ella, dijo Contador que él creía un hecho que yo iba a ascender primero que nadie, porque contaba con las simpatías del mayor y Comandante. Yo le contesté que no creía sucediera eso, puesto que habían otros, como Byssivinger, mucho más competentes que yo. Seguimos hablando sobre esto, hasta que llegó la hora de efectuar la entrega de la guardia. Como a las 3 de la tarde, estando yo en la cuadra de mi compañía, llegó a ella el sargento Klempel, felicitándome, de un modo reservado, por el pronto ascenso que yo iba a obtener. Y como le manifestara yo que no creía ascender primero que otros que tienen mejor instrucción, añadió que lo sabía

por boca del mismo Comisario que nos pasó revista ayer sábado, quien fue a la Aduana anoche, acompañado de otro hermano de Klempel, negociante en esta plaza y teniente del batallón cívico de este lugar, y además amigo del Comisario. Los tres conversaron sobre ese asunto, y le dijeron a Klempel que él iba a ascender a 1º una vez ascendido yo, lo cual sucedería apenas se le concediera el retiro del cuerpo que solicitaba. Después de puerta franca salí con el cabo Espejo a la calle y nos fuimos a una casa cerca del muelle, en la misma calle del cuartel, donde dieron mucho pescado, ensalada y vino. De pescado grande, era el primero que yo comiera en Antofagasta. En la noche tocó retreta en la plaza la banda del cuerpo.

16. *Lunes*. Amanecí cubierto de ronchas causadas por los chinches, que en furioso ataque se abalanzaron sobre mi pobre humanidad dormida ¡Maldito cuartel! Todos los soldados sufrieron los mismos ataques nocturnos, y todos levantamos rumores inmensos. ¡Los chinches nos han derrotado!

El batallón sale a hacer ejercicios por compañía. (...)

(p. 43-46)

23.[de febrero, 1880] *Lunes*. Ejercicios por batallón mandado por el ayudante Narváez. Sigue aumentando la bola sobre el N° 2. Como a las 11 A. M. el subteniente Canto me dice que es efectivo el hecho, pues así lo dice un parte llegado en esta misma mañana a la Comandancia. La rabia se apodera de todos, oficiales y clases. Yo bajo y subo las escalas como loco. A todos les hablaba del engaño que habíamos sufrido, enrolándonos en un cuerpo que no había encontrado digno el gobierno de mandarlo al norte. Hablé a los capitanes Ahumada y Castro, diciéndole cómo toleraban tamaña burla. ¿Acaso hemos abandonado nuestras comodidades para venir aquí a servir de guarnición? Les decía. ¿Cómo toleran que esa bandera, el orgullo de San Felipe, quede aquí guardada entre estas arenas, mientras el ejército se alista para ir más al norte, y pasan otros cuerpos ganándonos la delantera? Esos capitanes y varios oficiales echaban también chispas y aun hablaban de presentar sus renuncias. Poco después hablé a Byssivinger en el sentido de presentarnos al Comandante pidiéndole nuestro envío a otro cuerpo, aunque fuera de simples soldados. El aceptó en el acto y yo quedé de ver a algunos sargentos para acordar de suscribir un acta. Barahona, a mis instancias, empezó a escribir la introducción de este trabajo, pero el capitán Castro y otros me dijeron que ellos se iban a presentar primero y que era inútil que nosotros fuésemos. Resolvimos aplazar nuestras diligencias, pero el cuartel era un volcán y si se nos cerraba válvulas, podía estallar.

Después de la lista de tarde le dije al capitán que yo no aguantaba más y que iba a escribir una petición para llevársela al Comandante, y diciéndome que no tenía inconvenientes que ponerme, puesto que él también sufría tanto como yo, salí a la cuadra de mi compañía, tomé el primer papel que encontré, y en medio de una

amargura intensa, cual si se tratara de una gran desgracia para la Patria, escribí sin poner ni corregir la siguiente solicitud, copiada a la letra del mismo borrador que formé:

“Señor Comandante. Los abajo suscritos, clases del batallón Aconcagua N° 1, con el debido respeto, a Ud. nos presentamos y decimos, autorizados por nuestros respectivos capitanes:

Que por las noticias que han llegado a nuestro conocimiento, nuestros hermanos del norte alistan ya sus armas para dar el más grande de los golpes que haya sufrido nuestro enemigo; nuestra escuadra está lista para transportarlos, por último, el batallón Aconcagua N° 2 va a estas horas surcando las aguas peruanas en demanda de un puesto de honor en el ejército expedicionario. La confianza que siempre hemos tenido en nuestros jefes, de que no nos dejarían a millones de legua del teatro de la guerra, sirviendo de simples espectadores, ha moderado hasta aquí nuestras impaciencias, y hemos sufrido resignadamente todo lo duro y amargo que encierra una estada en este lugar, donde las enfermedades y el hospital es la única herencia que esperamos.

Aquí, señor, estamos ansiosos de cumplir nuestros propósitos, hechos al abandonar nuestras familias, de marchar al norte y pelear y vencer o morir. Nuestro porvenir no está aquí entre las filas de soldados que se ocupan sólo de guarnición; nuestro porvenir está en el sur, en Chile, y ese porvenir lo hemos abandonado contentos, pero no para morirnos en este árido suelo, sin glorias, y sin que nuestros nombres pasen más allá del cementerio.

Señor, en nombre de ese amor santo de la Patria ultrajada, por cuyo honor estamos dispuestos a sucumbir peleando como han peleado nuestros mayores, a nombre de la ciudad heroica de San Felipe, que ha confiado a nuestro patriotismo y a nuestra custodia esa enseña gloriosa del patriotismo ardiente de nuestros padres; por el honor de ese mismo estandarte, que no ha sido dado para estar guardado en estos desiertos donde no oírás mas ni un solo tiro enemigo; por el honor de nuestro mismo batallón, le suplicamos pida a quien corresponda nuestro inmediato envío al teatro de la guerra. Allí desplegaremos al viento nuestro tricolor vencedor de Yungay y con nuestros cuerpos formaremos una muralla que le proteja y nos guíe en el triunfo o un alfombrado con nuestros cadáveres en la derrota.

Y haciendo a Ud., querido Comandante, la protesta de que no obedecemos a otro móvil que al exclusivo de servir a la Patria y estar en todo bajo la más estricta subordinación, cual corresponde a militares de honor, le rogamos se digne conceder la gracia (en caso que no fuera posible acceder a nuestra humilde, pero patriótica petición) de permitirnos a los dos primeros firmantes enrolarse de simples soldados en un cuerpo del Ejército expedicionario del norte.

Es Gracia que imploramos de Ud. Señor Comandante. Antofagasta, febrero 23 de 1880. (firmado) Florindo Byssivinger, J. Abel Rosales, Eulogio Videla, Domingo Salinas, Pascual Gómez y Francisco Cuevas”.

Esta petición, antes de ser firmada, la llevé en borrador, a varios oficiales, para que me dieran su dictamen sobre si convenía o no presentarla. Antes de leerla, varios dijeron que no se podía, que el Comandante podía tomar nuestra petición como parte de insubordinación. Pero apenas fue leída, todos la encontraron muy buena y muy magnífica. El capitán Ahumada dijo lo mismo, etc. Como a las oraciones fuimos Byssivinger (1° de la 1ª Compañía) y yo a casa del Comandante, quien estaba con el

capitán Nordenflycht. Había convenido yo en que Byssivinger entrara primero, pues a mí me había tocado la parte de escritura. Pero al entrar y saludar, y preguntando el Comandante: “¿Qué se les ofrece a Uds.?” Byssivinger calló y tuve que hablar yo, hecho lo cual le entregué la presentación. La desdobló, y la leyó parado, sin formular palabra. Como dos veces noté que arrugaba la frente, otras veces ponía mal cejo, mientras que el capitán Nordenflycht nos miraba de arriba a bajo. Ganas de reírme me daban, no sé por qué. Concluyó la lectura el Comandante, se encaró a Byssivinger y le dijo: ¿Y Ud. don Florindo, que ya es militar viejo, se ha atrevido a poner su firma aquí? Este le contestó: como he tenido el permiso de mi capitán. Sí señor, interrumpí yo, tenemos el permiso de nuestros capitanes y creo no haber cometido la menor falta y al dar este paso parece que no ha sido una inconveniencia. Por fin el Comandante nos aseguró que nosotros marcharíamos pronto al norte y que quedaríamos en mejores condiciones que los otros cuerpos movilizados que habían marchado primero que nosotros. Dijo también que dijéramos a los demás sargentos firmantes las promesas que nos hacía, repitiéndonos esto por dos veces. Al retirarnos le pedí permiso para publicar nuestra solicitud; y él, inclinando un poco la cabeza, como para reflexionar, y bajando el tono de la voz, nos dijo: no, no se puede. Y nos retiramos, pasando con esto algo tranquilos la noche. En la orden del día se dispuso que los Carabineros de Yungay estuvieran listos para marchar al interior el miércoles 25 del actual en el tren de 6:30 ó 7 A. M.

24. *Martes.* Ejercicios del batallón. Me siento casi bueno de mi enfermedad. En la tarde de este día se confirman las noticias de haber pasado el N° 2 para el norte. Gran mortificación nos causa cada vez que esto se habla, pues no nos conformaremos nunca con nuestra postergación. ¿A qué habremos venido si no es a pelear luego?

25. *Miércoles.* Ejercicios por batallón, mandado por el ayudante Narváez. Estando en ellos pasa un tren para el interior, llevando ocho carros ocupados por los Carabineros de Yungay, quienes iban batiendo marchas con corneta y ellos gritando a toda boca. Quedé envidiándoles la vida activa que van a tomar; pero no los hubiera seguido. ¡El desierto me horroriza! Lo que es en el Perú, aunque hubiesen desiertos, estaría contento. Se publica la noticia del embarque del ejército expedicionario en Pisagua, en una escuadra de buques convoyados por el “Blanco Encalada”. Tal noticia me alegra, por cuanto la guerra va de nuevo a tomar un carácter más apropiado a los deseos del país, y me entristece porque yo, que he venido para la guerra, estoy aquí sin poder ir a ella. Entro de guardia en la prevención con el teniente Letelier. Habiéndome pedido cartas de la tropa el capitán Nordenflycht para sellarlo, yo mandé papel en blanco y sobres, que fueron los primeros en que usé el pomposo nombre del batallón. Me entregan como preso incomunicado al teniente Mascayano con centinela de vista. Una *pequeña rasca*. Hoy no hubo jefe de servicio.

26. *Jueves.* Ejercicios. Nos sorprende de mañanita la gran bola de que nos van a mandar a Calama de guarnición en breves días y que nos viene a relevar el Atacama N° 2, que está en Caldera. Esto nos revuelve la bilis de nuevo. Nos están martirizando a fuego lento. A la hora de costumbre entrego la guardia al 1° Contador. Desde anoche

fue suprimido el jefe de servicio no sé hasta cuándo. Se dice que esto tiene relación con la traslación de la comisaría a Iquique. Se dice que se ha dado orden de que no salga para San Pedro de Atacama el capitán Ricci, que iba a hacerse cargo de su compañía, la 6ª, al mismo tiempo que se manda volver a los Carabineros de Yungay para embarcarlos para el norte. Esto se dice, y todos quedamos siempre descontentos con todo lo que se dice.

En la tarde, después del rancho, se toca tropa por primera vez para salir a ejercicios. El batallón sale y forma en batalla en la calle, dando frente al cuartel y empieza un ejercicio de armas mandado por el ayudante Narváez en presencia del mayor y de mucha gente que acudió a vemos. Yo servía de guía derecho a la cabeza. El ejercicio duró hasta la puesta de sol y estuvo bueno. Se dieron a reconocer, conforme a la orden del día, como teniente de la 2ª Compañía al ciudadano D. Hilario Luna y como subteniente de la 5ª Compañía a D. Lorenzo 2º Beitías. Hoy tampoco hubo jefe de servicio.

El nuevo teniente Luna, hijo del capitán Luna, es, al parecer, de muy buen carácter y desde el primer momento yo congenié con él, lo que no es poco. Llegó un prisionero boliviano que dicen es capitán, mandado del interior, y queda detenido en el cuarto de banderas. Viste de paisano, traje negro como su cara y barbas. Corren diversas versiones sobre este hombre, diciéndonos que es un verdugo.

27. *Viernes.* Ejercicios de guerrilla por compañía. Después de ellos hice con el teniente Luna la visita de hospital que estaba nombrado por la orden del día. Visitamos a 28 soldados y tres sargentos del batallón. Volví a ver a Villalón, quien estaba siempre tendido en su cama. Encontramos varios enfermos a quienes no se les había visto por el médico, no se les había suministrado remedios desde hacía dos días. Le dije al teniente que era preciso dar cuenta de la irregularidad del servicio del hospital y como fuera de la misma opinión, pregunté por el nombre del doctor, y un practicante o no sé qué clase de empleado que cerca estaba, me dijo llamarse Doroteo Oyarzún y agregó con sorna que él también había faltado a la Sala el día anterior y que lo apuntase yo como al otro, y preguntándole la causa de tan mal servicio, respondió con enojo, que él sólo sabía lo que le tocaba en materia de deberes. Callé y pasamos, pero en mi interior prometí vengarme con una acusación al jefe del cuerpo, como más tarde lo hizo el teniente. Nos dijeron que se preparaban camas para recibir 300 heridos del norte.

En la tarde, después del rancho, hubo ejercicios de armas por batallón, en la calle frente al cuartel, como en el día anterior y duraron hasta puesta de sol. Mientras estábamos así ocupados, afrontó y fondeó en la bahía que se ve en la desembocadura de la calle, el vapor “Paquete de Maule” que venía de Pisagua, trayendo más de 300 heridos y 16 prisioneros peruanos; estos últimos fueron desembarcados en este día. En la noche, como a las 11, y estando acostándome, me llama el teniente Luna para que fuésemos donde el Comandante, llevando yo la lista de los enfermos que habíamos visitado en el hospital. Fuimos, expuse los nombres y las necesidades de los enfermos y



la mala disposición y cuidado en ellos. Ya el Comandante había sido informado de esto por el teniente, porque el Comandante está muy enojado por el mal tratamiento que se les daba de parte de los médicos. El Comandante estaba con los capitanes Nordenflycht y Ricci. El Comandante me preguntó el nombre del que me había contestado mal en el hospital, como yo le dijese que no lo había averiguado, por no saber fuese necesario, me dijo que en el acto fuese a averiguarlo para hacer constar ese hecho en el parte que se estaba haciendo. La cara se me alargó medio metro al oír tal orden, pues además de estar bastante lejos el hospital y ser tarde, yo no hubiera sabido cómo saber el nombre de ese empleado. Pensando en lo dificultoso de mi cometido iba ya a dar la media vuelta, cuando el capitán Nordenflycht me sacó de un conflicto, diciéndole al Comandante que ya era hora muy avanzada y que mañana podía hacerse esa diligencia, y así quedó acordado y me retiré al cuartel. ¡Pues, no había sido mala ocurrencia! ¿Cómo habría cumplido tal orden? Hasta llegar al cuartel fui pensando en esto y de ese modo habría entrado si no me saca de meditaciones la voz conocida del capitán Castro, quien me llamaba desde un rincón del corredor de la calle, diciéndome: “Venga 1° Rosales a saber buenas noticias”. Corrí al lugar en que se me llamaba. Dicho capitán estaba con el capitán Ahumada, de mi compañía, el capitán ayudante Narváez y otros oficiales. Estaban leyendo un suplemento al *Pueblo Chileno* en que se comunicaba haber desembarcado en Ilo el ejército chileno el día 24 del presente, si no estoy equivocado. Concluida la lectura se me brindó un vaso de buena cerveza, que me vino de molde para pasar el calor sufrido en la casa del Comandante. Unos minutos de conversación sobre nuestros futuros destinos y la cerveza calmaron mi espíritu hacia una hora, y tomé rumbo de mi cama... ¡digo de mi mochila, o chinchas, pulgas, o... buenas noches! Acostándome estaba cuando supe que el escuadrón Carabineros de Yungay había llegado como a la oración a este puerto, del interior, en tren especial, según creo. Dícese que marchaba muy pronto al norte. ¿Y nosotros? También se dice ser cierto que vamos a hacer compañía a los destacamentos de San Pedro de Atacama. ¿Y no habrá por estos mundos alguna burra de Balacín que hable por nosotros? Hoy no hubo jefe de servicio.

28. *Sábado*. Limpia de armas. En el día desembarcaron los prisioneros peruanos, de los cuales 4 quedaron en mi compañía y todos en el cuartel. Un oficial prisionero quedó en el cuarto de bandera, haciendo compañía al boliviano. Vienen de Pisagua y fueron tomados en Camarones. Son puros cholos en su aspecto y origen, por supuesto, pero a los que he oído hablar me han hecho formar de ellos buena opinión, porque revelan inteligencia. Pero uno de esos soldados, natural de la Sierra de Pumo, es todo un indio de feísimo aspecto. Todos visten muy mal. El oficial es gordo y de color de esas esteras de totora que se venden a gritos en todas partes de Chile. Su cara es la figura exacta de un perro preso. De buena gana los mandara a su país, para que dijeran a sus compatriotas que pelearan mejor y con la condición que si volvían otra vez a caer prisioneros serían fusilados. Porque, ¿para qué sirve un hombre que en una guerra cae dos veces prisionero?.

* * *

III. “Adiós Antofagasta”: Nuevas experiencias en el viaje a Arica (p. 163-165)

En el mar... a bordo del “Chile”. Noviembre 16/80.

El domingo 14 nos embarcamos en el vapor transporte “Chile”, que hace pocos días ha sido comprado por nuestro Gobierno a la Compañía Sudamericana de Vapores. Cerca de las 10 A. M. se tocó tropa, formamos en la calle frente al cuartel, yéndonos inmediatamente en dirección al muelle. En el lado sur de éste nos esperaban varias lanchas y el remolcador “Bolívar” para conducirnos a bordo, como se llevó a efecto, en medio de estruendosos vivas lanzados por todos nosotros.

El Melipilla y la Artillería se embarcaron a un mismo tiempo que nosotros. La tropa al principio quedó tan estrecha con los 1.500 hombres, o poco menos que se embarcaron, que la cubierta del vapor se asemejaba a una inmensa caja de sardinas. El embarque duró hasta cerca de las oraciones, a cuya hora zarpó el “Chile” en dirección al oeste, para después tomar rumbo al norte. ¡Al fin salíamos de Antofagasta...! y con esto está dicho todo.

Cerca de las nueve de la noche me fui de los camarotes de los oficiales y tuve que salir a cubierta y dormir como en otro tiempo a bordo del “Copiapó”. El frío que hacía después de las 12 de la noche me hacía dar diente con diente, y si no es por el cabo Caldera (de la 2ª Compañía) que me proporcionó una mochila y una manta, habría dormido en peor condición que los mismos soldados y por vía de llapa, después de tener que oler todos los vientos que salían de tantos centenares de barrigas, me robaron el quepis dejándome en cabeza...

Cuando amaneció, lunes 15, se paseaba por la cubierta del vapor un subteniente del Aconcagua, envuelto en un capote negro, con botas amarillas, anteojos plomos y un tremendo gorro de paño azul. Ese oficial era yo...

En este día lunes navegamos mar afuera. Almorzamos regular; pero comí muy bien... El comedor es grande y cómodo. Para resarcirme de la poca alimentación del almuerzo hice *arrastre* con todas las fuentes y soperas que se colocaban a mis inmediaciones, pasándolas enseguida a otros, hasta que en un bendito se acababa la comida.

Los licores a bordo son caros. La cerveza que menos precio tiene vale 60 centavos y la botella de vino \$ 1,50.

Todo el día navegamos sin contratiempo por lo menos. La tropa comió en el almuerzo hervido de charqui con arroz (a las 10 A. M.) y fréjoles muy bien cocinados en la comida. Además, se le dio café en la mañana y en la tarde, después de la comida (4

P. M.). Los soldados estaban muy contentos, tanto por la navegación, que por sí sola es un paseo, cuanto por la alimentación, que es inmejorable y no escasa.

En la tarde vi a los peces voladores que se alejaban del buque con toda la velocidad que les prestan sus cuatro alas. Son del tamaño de una sardina. Divisamos tierra peruana como a las 3 P. M.

A las 8:30 P. M. llegamos a Iquique, cuya población la distinguíamos apenas por las luces que por todas partes de la playa se alzaban por centenares. El faro, que está en un islote, quedó cerca de nosotros. Alcanzamos a divisar algunos buques fondeados. Del puerto llegó un bote, cuyos tripulantes lanzaron estrepitosos vivas a Chile, acompañado de aquella popular interjección que V. Hugo ha hecho célebre como dicha por Cambronne en Waterloo.

Divisando estábamos el puerto, cuando oímos gritos de *bombre al agua*. Corrimos a asomarnos y vimos pasar hecho pedazos el bote nombrado, y sus tripulantes nadando en todas direcciones. La gritería fue grande que se formó. Unos pedían a gritos al capitán del buque que echara un bote en auxilio de los náufragos y otros que les tiraran salvavidas. Una y otra cosa se hizo. Dos botes salieron a buscarlos. Creíamos todos que sería difícil salvarlos, pero un cuarto de hora después volvieron los botes trayendo a los náufragos.

Se dice que se ahogó uno.

Una vez que supe el desenlace de esta tragedia, me retiré con Byssivinger a mi camarote, que era un sofá tapizado, situado a popa. Desde ese lugar oía yo la bulla que metían, poco más tarde, los tripulantes de varios botes que llegaron del fuerte.

Según dicen los que quedan en pie, el mayor Bustamante, que estaba en ese puerto, estuvo a bordo y conferenció con el Comandante Díaz Muñoz. Ignoro por ahora lo que haya de verdad en esto.

El “Chile” dejó Iquique como a las 11 de la noche.

En la tarde de este día saludé al coronel Velásquez, jefe de la Artillería, y conversé con él un momento sobre asuntos particulares.

Cuando amaneció el día martes 16 me levanté y divisé tierra muy cerca. En estas costas no se ve playa. La costa es una cadena de cerros de piedra y arena.

Supe que habíamos pasado por Pisagua en la noche, lo que sentí mucho. Hubiera querido ver de día a Iquique, la tumba de Prat, y hubiera querido ver a Pisagua, la primera jornada del Ejército Chileno en el camino de la gloria.

Toda la mañana navegamos en un mar tan manso, que parecía una laguna. No he visto igual en ningún tiempo. Yo comparaba la superficie de este mar con un gran campo alfombrado con tafetán.



Serían las 8 A. M. cuando pasamos frente a la quebrada de “Camarones”, que antes sería río. La larga muralla granítica que forma un dique al mar, se abre por unos pocos metros para dejar salida a la quebrada, que está formada de dos murallas de arena que vienen del interior. En estos lugares sólo se divisa agua, piedra y arena.

Más al norte enfrentamos la Caleta de Vito, que en otros tiempos parece que también ha visto correr agua, y enseguida fuimos agradablemente sorprendidos por la vista hermosísima de los cerros que orillan el mar. Desde la mitad hasta su base, están formados de una manera tan caprichosa que desde a bordo parece estarse frente al telón de boca de un inmenso teatro. El dibujo da una idea de lo que es esa gran cortina de granito bordada de oro.

Mirando al norte divisamos, a larga distancia, unos cerros que terminan en el mar, en cuyo punto parecen cortados a pico. El extremo que toca por su base las aguas y por su cumbre el cielo, es el *Morro de Arica*. Sentado yo con varios oficiales en el palo de proa contemplaba a tanta distancia esa punta santificada por el heroísmo chileno, cuando nos llamaron al almuerzo, y ante las impertinencias del estómago se acabaron mis meditaciones. El reloj del comedor señalaba las 10 A. M.

En la mañana había acontecido un incidente bastante interesante, que cambió por completo la monotonía de la navegación. Como a las 7 A. M. se avistó a proa un buque, que después se reconoció ser un vapor. Mientras nos aproximábamos, se multiplicaban los comentarios sobre ese vapor, que al parecer venía de mar afuera. Poco después se sintió un cañonazo y el “Chile”, hizo rumbo al dicho vapor, que resultó ser la “Pilcomayo”. Estando a corta distancia, esta cañonera envió un bote con un oficial, quien conferenció con el capitán y comandante. Mientras tanto, la banda del Melipilla, situada a popa, tocó el himno nacional, que fue contestado por la tripulación de la “Pilcomayo” con grandes hurras, subiéndose como gatos a la arboladura de la cañonera. Esto fue un espectáculo lindísimo. Era el ejército, representado por nosotros, que saludaba a la marina, representada por los bravos de la hermosa ex nave peruana. Y este saludo en el mar fue espontáneo, a un cuarto de cuadra de distancia y a dos o tres millas de la costa peruana. Yo hubiera querido gritar como la tropa, de puro gusto. Vimos tapar con lonas los cañones de la cañonera, que, en previsión se nos había presentado en son de combate, y poco después nos separábamos, aquélla con rumbo al sur, a Iquique, según se dijo, y el “Chile” con rumbo al norte, a Arica.

Una vez concluido el almuerzo, salí a cubierta y divisé una parte de la bahía de Arica, con su famoso Morro al sur. Cerca de las 11 de la mañana pasamos frente a ese enorme peñón. A pocos metros de éste se encuentra la pequeña isla del Alacrán, que cuenta unos edificios y un muelle que la unía a tierra antes de la guerra, y que comenzada ésta, fue destruido por los peruanos. A las 11:30 fondeó el “Chile” en la bahía.



Teníamos al frente el puerto, y más al interior, el lindo valle de Azapa, bordado de árboles de todas clases y de chacras. Al fin, después de tantos meses, veía yo verduras, cosa que mucho me gustó. Me parecía en ese verdor ver algo de Chile.

En el puerto habían fondeado cuatro o más vapores y varios buques de vela. Supimos que la noche anterior había salido la 1ª División en 12 o más buques, y que pronto saldría la 2ª para reunirse a aquélla en Pisco, seguida luego de la 3ª, a que nosotros pertenecemos.

Como a las 12 A. M. llegó una lancha, y en ella comenzaron a embarcarse los artilleros. En este puerto no hay más que una media docena de estas embarcaciones, que ahora estaban cargadas casi todas, lo que dificultó mucho el desembarco. Por lo menos duró tres horas esta operación.

Cuando yo desembarcaba en la lancha que conducía a la 3ª Compañía, y pisé el muelle, di gracias a Dios, que me había dejado llegar a tierra enemiga y conocer el puerto en que tan cruda batalla se libró.

El muelle está inconcluso; pero es cómodo y grande. Está a una cuadra al norte del Morro, cuyos cañones se ven asomar por entre las murallas de piedra que lo corona. Todas las compañías acampamos en la explanada del muelle, y una vez reunidas, marchamos al centro del pueblo, con la banda a la cabeza, y seguidos de muchos curiosos. Se nos llevó a un cuartel bastante cómodo; pero no dio cabida a todo el batallón. Se alojó en él la 1ª, 2ª y 3ª compañías. A las restantes, se las mandó a otro cuartel. El que ocupamos es de dos pisos y de sus balcones se tiene una hermosa vista de Arica. Está lleno de pinturas árabes, especialmente los corredores interiores y balcones. Esas pinturas representan paisajes, campamentos, etc. En uno de esos cuadros leí el siguiente verso, escrito con lápiz en letra bien formada y clara:

*Vivo con ansias de verte
A cada instante muriendo
Y cuando te busco amante
Solo imposibles encuentro.*

*Qué feliz es el que vive
Día y noche en tu presencia
Y tiene la complacencia
Que de tu vista recibe
Desgraciado del que vive
Llorando su dura ausencia.*

La ciudad de Arica está construida en una loma que de los cerros a continuación del Morro baja suavemente al mar, La construcción de sus casas es de piedra y adobe. Son cómodas y de bonita vista la mayor parte. Hay cafés y un gran “Hotel Colón”, que dicen es cómodo y elegante. Casi frente al muelle está el edificio de la Aduana, que

ostenta en su frontis una raída bandera chilena. La mayoría de los pobladores son peruanos, bolivianos y chinos, que andan parándose en las esquinas, escualidos y latigudos.

En la tarde de nuestra llegada salí con tres oficiales más a recorrer los potreros vecinos, situados al norte del pueblo. Esos cercados están plantados de naranjos, plátanos y muchos otros árboles frutales. Hay grandes plantaciones de cebollas, rábanos, lechugas, yerbabuena y muchas otras, todas regadas por acequias que se cruzan en todas direcciones. Este es el principio del valle de Azapa, que se interna por entre cerros de arena, todos los cuales están llenos de fortificaciones. Los alrededores de Arica son, pues, de pura verdura. En este día se repartió a la tropa charqui, pan, harina tostada, café y no sé qué otras cosas. Al entrarse el sol se veían los patios interiores llenos de soldados abiertos de piernas, sentados en el suelo, que saboreaban los caldos que les habían preparado sus camaradas. Estando con esta tarea la tropa, se sintió el cañonazo del Morro, que señalaba la hora de retreta.



Pieza de artillería del Morro de Arica 1880.

Acto continuo resonó en Arica el estruendo de las cajas y cornetas de todos los cuarteles. Las bandas del Melipilla y Aconcagua tocaron asimismo la retreta, siendo la nuestra seguida de bastante gente.

En la noche nos encontramos todos los oficiales sin camas ni nada en que acostarse. Los equipajes habían quedado a bordo, y yo sólo tenía mi capote, mi único

abrigo. Para espantar el sueño salí con el subteniente Narváez, como a las 9 P. M., a andar sin rumbo conocido. Anduvimos cuatro o más cuadras. La población estaba oscura, ni una ventana ni una puerta abierta; ni una luz que indicara no estábamos en un cementerio. ¡Pero esto no es nada, pues no tropezamos con ningún perro, con ningún transeúnte... ni siquiera el mar metía bulla! Parece que tocándose retreta, todo el mundo se va a la cama. Solo el *quién vive* de los centinelas se oye de vez en cuando en medio de este silencio sepulcral.

Pero fue forzoso buscar donde dormir. ¿Qué hacer? Tendí mi capote en el balcón interior, y me acosté encima vestido y sin taparme, porque no tenía con qué. Por fortuna más bien hacía calor que no frío. Sin embargo, ya había empezado a correr un vientecillo algo más fresco, cuando el teniente González me tapó con una gruesa manta, sin que yo lo solicitara. (...)

(p. 173-175)

26. [de noviembre, 1880] *Viernes*. A la diana vimos salir al primer batallón del Regimiento Esmeralda en dirección a Tacna, y como a las 11 A. M. siguió el mismo rumbo ello batallón. Magnífico regimiento es éste. Cuando los cholos limeños vean tan bien equipados a nuestros batallones, ¿dirán todavía que somos rotos?

En la mañana y tarde hubo ejercicios como en los días anteriores, mandado el batallón por el capitán Campos.

Ayer aparecieron dos bueyes que habían sido robados el miércoles pasado, y que fueron encontrados merced a las diligencias del sargento Domingo Salinas, de la 2^a.

Hoy visitamos el campamento que ocupaba el Regimiento Esmeralda y que se compone de una calle de este lugar de Pocollay, que tiene unas 30 piezas y casas. Todas ellas quedaron llenas de trajes usados, caramañolas, correas de todos tamaños y clases, morrales, efectos de cocina, camas, etc. Jamás había visto yo un desparramo más grande de tan distintas cosas. Muchas especies sacaron los soldados, aun oficiales de nuestro batallón. Yo encontré un pequeño mostrador y una silla, que hice llevar y los coloqué como escritorio, sustituyendo con éstos mi escritorio de adobes y asiento que tenía.

Byssivinger me dio un catre de tijeras que le mandó su hermano Lucindo, y en él establecí mi cama. Largos meses hacía a que no dormía en catre, y no me figuraba que aquí en campaña hubiera tenido yo tantas comodidades. Porque fuera de esto, el alimento es abundante y bueno y la carne asada se come a cada rato.

En la excursión que hice al campamento del Esmeralda, encontré un monumento levantado por los peruanos en el centro de una plazuela bien empedrada, que en sus tiempos sería bonita. Hoy, aquí, todo es ruina, y sólo tres viviendas de



particulares quedan, las cuales ostentan en su frontis una pequeña banderola chilena, para demostrar sumisión al vencedor, pues pertenecen a peruanos.

Dicho monumento consiste en una columna de piedra, que se levanta de una base cuadrada como de un metro de alto. Todo el monumento tendrá cinco metros, o menos, de altura y tiene esta figura:

En el lado norte se lee “Patria y libertad” y con lápiz más arriba: Regimiento Esmeralda, mayo 26 de 1879, que algún soldado escribió.

En el lado oriente: “Los tacneños a la memoria del primer caudillo de la emancipación peruana en el presente siglo”.

En el lado sur: “Se levanta este monumento con erogación del pueblo y los concejos municipales. Febrero 21 de 1879”.

En el lado poniente: “30 de junio de 1811. D. Francisco Antonio de Zelayarizaga a la cabeza del pueblo da el grito de independencia”.

En la primera grada de la base se leen, en sus cuatro costados, los nombres de Carlos Coello, Manuel Ibáñez, Luis Bustamante y otros, que parece fueron los que encabezaron las erogaciones o los promotores del proyecto. En medio de las ruinas de este pueblecito digno de mejor suerte, este obelisco es lo único que se conserva en buen pie.

Hoy se ha marchado a Arica la 2ª División, si no toda, por lo menos la mayor parte de los cuerpos que la forman.

Me junté con el teniente Letelier y salimos a dar un corto paseo por las arboledas vecinas a nuestro campamento. Por todas partes el silencio, la soledad y el abandono. Los soldados son los únicos dueños de estos cercados, antes ricos y fértiles. Cuando volvíamos, encontramos a un paisano que regaba un sitio, cerrando una compuerta de la acequia y abriendo otra. Lo llamé para hacerle preguntas sobre diversos asuntos. Nos sentamos los tres en unas piedras al lado de la acequia que rebosaba de agua amarilla. Entablamos una conversación que bien duraría una hora.

Nos dijo que el río de Tacna, de donde sale la acequia nombrada, nace del *Nevado*, cerro de la cordillera que desde aquí se divisa, y que con sus aguas se riegan todos los campos vecinos a Tacna por medio de turnos que duran muy pocos minutos, calculados por el *prez de aguas* que hay. Ahora casi nadie riega, porque son ahora vivientes de las sierras todos los habitantes de estos lugares, que han huido con familias y todo de miedo a la guerra. -¿Y Ud., le dije, por qué no anda con rifle en mano para defender su patria como los demás? -Porque yo soy arriero, pues, señor, y boliviano, y no me importa nada que gobierne aquí el que quiera. Nosotros los serranos vivimos como animales, sólo del trabajo, pues, señor. -¿Dónde trabajan en las sierras? -Minas de plata y cobre. Yo cargo metales en mis burros y los traigo a Tacna en dos jornadas para entregárselos a los gringos. -¿Cuánto le pagan por carga? -Siete reales, señor. -¿Cuántos

burros tiene Ud.? -Tengo ahora 32 burros, señor, que los llevo a las sierras cargados con mercaderías para los mineros. -¿Qué hace con la plata que le producen sus burros? -Compro otros más y generito para vestirme. -¿Cuánto le cuesta ese poncho? -Lo compré en Oruro en siete pesos y medio y es todo de lana vicuña. ¿Y ese sombrero grasiento cuánto vale? -Lo compré en La Paz en 3 pesos. -¿Por qué Uds. usan sólo sombreros de paño? -Porque duran más, pues, señor. Este me dura ya tres años. -¿Cuánto tiempo se llevan en Tacna los que vienen de las sierras y en qué se vuelven? -Un mes, más o menos, nos llevamos aquí componiendo los aparejos. Yo llegué hace cuatro días. -¿Qué distancia habrá de aquí a Arequipa, donde se dice que hay una parte del ejército peruano? -Está muy lejos, señor; hay 32 jornadas. -¿Cómo cuentan Uds. una jornada? -Todos los días nos levantamos a las dos o tres de la mañana, cargamos los burritos y andamos a lomo de bestia hasta las dos de la tarde. A esa hora paramos y descansamos *todos* hasta la mañana siguiente, y así todos los días. -¿Cuánto anda Ud. en una jornada? -De quince a dieciséis leguas, señor. -¿Y Ud. es cristiano? -Como no, pues, señor. -¿Sabe Ud. dónde está Dios? -Está allá arriba, pues, en el cielo, y levantaba las manos señalándolo. Y cuando está nublado el cielo ¿dónde queda Dios? -Más arribita del ñublado, pues. -¿Se casan Uds. en las sierras? -También se casan, señor, los que tienen ganas. -¿Cuánto pagan por casarse y bautizarse? -Se pagan diez pesos por un casamiento y dos por un bautismo. -¿Hay algún cura por allá y cómo anda vestido? -No hay cura, señor, es un sacerdote, vestido de negro desde el gaxate hasta los pies. -¿Cómo se llaman los que buscan niñas para casarse? -Se llaman enamorados, señor. -¿Le gustan las niñas a Ud.? -No señor; para qué quiero eso, pues.

Muy divertida nos fue esta conversación con el indio boliviano.

* * *

IV. En Perú: Las batallas de Chorrillos y de Miraflores (p. 208-224)

Viernes 14 [de enero, 1881]. Campamento de Chorrillos.

Día memorable para mí será el de ayer jueves 13, en que nuestro ejército se tomó a Chorrillos, después de un combate que principió desde antes de diana, todavía oscuro, y terminó como a las 4:30 P. M. ¡Como 11 horas de pelea!

El miércoles, ya de noche, emprendimos la marcha de Lurín a este lugar. La 1ª y 2ª División ya habían salido, de modo que nosotros cerrábamos la retaguardia. La noche era fresca y alumbrada por una luna hermosa. Pasado el gran puente de cimbra que atraviesa el río de Lurín, entramos a una sucesión de lomas de arenas, que hizo la marcha muy fatigosa. Algunos pequeños descansos teníamos, que no eran suficientes



para restaurar nuestras fuerzas. Como tres horas de esta marcha se hizo subiendo y bajando lomas. Después de esto el terreno se presentó más plano y con visos de vegetación. Cerca de las 2 A. M. se dio orden de descansar y dormir hasta las 4 A. M. Así se hizo. La tropa se durmió luego. La arena nos proporcionó blanda cama. Serían las 4 A. M., más o menos, cuando se mandó levantarse y seguir la marcha. Esta se emprendió pocos minutos después. La indecisa claridad del nuevo día empezaba ya, cuando sentimos del lado norte un lejano fuego de fusilería y de cañón. La marcha se apuró, pues era indudable que la vanguardia atacaba a Chorrillos. Ya estaba bien claro el día, y a la hora de diana empezamos a subir una larga loma, que luego se cubrió de todas las fuerzas de la 3^a División. A ese tiempo el fuego se sentía al otro lado de unos cerros que teníamos a nuestra izquierda. Nuestro contento crecía a medida que nos aproximábamos. Como en la mitad de esa loma se hizo alto para dejar pasar a la fuerza de caballería que venía detrás de nosotros. Inmediatamente de pasar dicha fuerza, se ordenó seguir a marcha forzada y se tocó diana, empezando por el himno de Yungay. La tropa prorrumpió en estrepitosos vivas a Chile, a los que se unían los gritos de júbilo de los Navales. Una granada enemiga que reventó a un cuarto de cuadra a nuestra izquierda aumentó el entusiasmo. Desde esa hora empezamos a subir al trote, después de arrojar nuestros atados de ropa. El suelo, en una gran extensión, quedó lleno de rollos de todos tamaños y clases. Yo boté la manta o frazada, el capote, el levita, camisa y calzoncillo. Quedamos con lo encapillado. Pasamos por un callejón formado por dos altos cerros, y aquí oímos silbar por primera vez las balas del cañón enemigo, que pasaban por alto. Al salir de este angosto camino, sigue otro por la falda de la pequeña loma, que termina por el poniente en un extenso y plano arenal. Este último punto era el campo atrincherado de los peruanos, protegidos por cerrillos bien artillados. Divisamos a nuestros regimientos desplegados en guerrilla, avanzando sin disparar aún a las posiciones enemigas, que eran extensas y numerosas, en el plano y cerros, de todos los cuales hacían nutrido fuego. Pronto recibimos orden de avanzar, desplegados en guerrilla. La 1^a y 2^a compañías del 1^{er} Batallón marcharon a proteger la brigada de artilleros de nuestra división, y desde entonces esas dos compañías se apartaron de nosotros y entramos en pelea por vía distinta a la que seguíamos. El aspecto del campo era hermosísimo. Por todas direcciones veíamos atravesar al galope gruesos pelotones de caballería sable en mano; la artillería, posesionada de algunas colinas hacía fuego a las fortificaciones enemigas, y nosotros entrando al campo al trote, en columna de ataque, seguidos de los demás cuerpos de la división, cada uno de los cuales tenía desplegados al viento hermosos estandartes. Fatigosa por demás era esta larga marcha. Los peruanos, asaltados por los regimientos de vanguardia, iban cediendo paso poco a poco, mucho más cuando vieron los nuevos refuerzos de la 3^a División que llegaban llenando el resto del llano. Por más que corrimos no alcanzamos a disparar un tiro en las fortificaciones primeras. Cuando llegamos a ellas todos, amigos y enemigos, habían seguido al pueblo de Chorrillos que está a no menos de media legua. Algunos heridos nuestros fuimos encontrando en el trayecto recorrido, y éstos eran los primeros que he visto en esta guerra y en un campo de batalla. Llegamos a la línea de fosos, que se



extiende de sur a norte, y en ella dejamos dos o tres muertos y otros tantos caballos. Nosotros entramos por el ala derecha de la línea de ataque que se formó, y en esa parte parece que no fue tan sangriento el combate como en la izquierda, donde pasamos más tarde, y de la que hablaré más adelante.

Los fosos tienen como un metro de profundidad y tras de las lomas de tierra formadas del lado interior hacían fuego los enemigos. Atravesamos estas zanjas y seguimos a la derecha. Al subir una pequeña colina divisamos las torres de una bonita iglesia y varios otros edificios medio ocultos en tupidos bosques. La vista de estos lugares nos alegró mucho y seguimos la marcha esperanzados en descansar luego y en llenar nuestras caramañolas, que no tenían más de dos traguitos de agua, dejados de propósito para un caso extremo. Doblamos una puntilla a la izquierda y pasando por nuevos fosos entramos a otro campo plano pero chico, y también compuesto de pesada arena como el anterior. Estábamos como a una cuadra del terreno fértil y boscoso que antes habíamos visto. Al atravesar esta planicie se nos señaló el sitio en que había estallado una mina, matando un caballo y algunos soldados. Un centinela de no sé qué batallón había parado cerca del lugar por donde pasábamos, y él nos encargó de no separarnos del angosto caminito trazado por otros cuerpos, que era el que seguíamos, porque habían numerosas minas o polvorazos. El mismo nos señaló varias a pocas varas de nosotros. Por tanto, seguimos su hilera como las ovejas, en medio del susto de los soldados, los que unos a otros se señalaban los puntos de peligro, haciendo más dificultosa la marcha. Cansados y sedientos llegamos a un paraje del arrenal, en que se mandó acampar al frente del lugar ocupado por numerosas mulas cargadas de cajones de municiones y que por esto ofrecía seguridad contra las minas.

Varios otros cuerpos de la 3ª División se acamparon igualmente a la izquierda y derecha nuestra. Yo me tendí sobre la arena, caliente como un rescoldo, y descansé de la pesadísima marcha. Momentos después de estar en ese lugar, cada uno acomodándose como mejor podía, sentimos varios tiros de rifle en dirección al bosque y luego algunos tiros de cañón en dirección al pueblo. Pensamos, por esto, que la batalla no había terminado del todo, como se nos había dicho. Comentarios hacíamos sobre todo esto cuando sentimos por nuestras cabezas algunas balas disparadas del vecino bosque. Nos alarmó esto; pero no nos dio cuidado. Muy pronto se nos disparó de nuevo gran número de balas, por lo cual todos los que estaban parados se dejaron caer al suelo. Inmediatamente se ordenó que el teniente Herrera saliera con unos 20 hombres desplegados en guerrilla, a reconocer el punto de donde se nos hacía fuego, y así se hizo. Apenas este oficial penetró en el bosque, varios navales que salían de él pisaron una mina y ésta estalló a unos 60 metros de nuestros soldados. Gran susto tuvimos todos por tan inesperado explosivo. Apenas se disipó el humo y arena que se levantó, con un ruido semejante al disparo de un cañón, vimos en el suelo a un naval herido de muerte. A ese tiempo percibíamos nutrido fuego de fusilería en el bosque, del cual nos separaba un angosto arrenal. Se mandó a la 4ª Compañía del 1er Batallón en protección de Herrera. Dicha fuerza salió con sus oficiales, y además el ayudante



Nordenflycht. Apenas habían andado como la mitad del camino de arena cuando estalló una mina, produciendo gran espanto. Nordenflycht se vio tapado de tierra y otros más. Un soldado quedó herido en el lugar de la explosión. La tropa, muy asustada, se desplegó en guerrilla a la izquierda, y a pocos pasos estalló otra mina, dejando en el suelo a otro soldado. Por fin, una tercera explosión casi dispersó a la tropa. Habían atravesado el lugar sembrado de las infamias de los peruanos convertidas en minas. Dos soldados se volvieron completamente sordos por el estampido. Otros dos quedaron muy malheridos. Uno de ellos salió con la pierna izquierda quebrada. Daba lástima verlos, mucho más a los que sólo de nombre conocíamos la guerra y sus atrocidades. Por otros lados también estallaban más minas, volteando ya a un jinete con su caballo, ya a una mula cargada de municiones, cayendo ésta y disparando a brincos aquélla, o ya a los soldados de distintos cuerpos que atravesaban el arenal. En el rato que ahí estuvimos, las minas causaron muchas bajas.

Unos 3/4 de hora estuvimos en la posición nombrada. Se recibió orden como a las 11 A. M. de marchar a la izquierda nuestra y así se hizo, precedido de los Navales. Volvimos a pasar por el caminito de las ovejas... mirando a uno y otro lado. Las minas son unos enemigos terribles, con quien no se puede combatir. Empezamos a subir una loma, que era el punto más bien defendido por los peruanos y que por esto mismo, fue el cementerio de los chorrillanos, por ahí quedó un alfombrado de cadáveres. Todo el trayecto que recorrimos al lado de un largo foso, lo encontramos lleno de muchos centenares de cholos muertos de la manera más horrible. La lucha debió aquí ser tremenda. Parece que estas posiciones fueron tomadas a la bayoneta, porque no de otra arma eran las terribles heridas que tenían los enemigos. Una cuadra y media distante de nosotros, a nuestra derecha, divisamos algo que al principio me figuré grandes montones de ropa blanca, y sin embargo, eran filas de muertos. La matanza aquí fue grande. Noté que chilenos no habría 6 muertos por donde pasábamos. Yo deseaba salir de ese lugar repugnante, doblemente horroroso por el aspecto espantoso que tomaban los cadáveres, reventados de la cabeza los más, otros descuartizados, digo que deseaba salir de esas líneas de zanjas y por fortuna se nos llevó a la derecha, entrando a la parte cultivable y fértil de Chorrillos. Este nuevo camino estaba también con muchos cadáveres en sus inmediaciones. Uno de ellos estaba quemándose y era un negro de feísimo aspecto, aunque sobre esto último no hay que hablar, pues el cholaje muerto es de lo más feo que en mi vida he visto. Gran cantidad de ropa militar usada encontrábamos por todas partes, especialmente en las obras de defensa, lo mismo que herramientas y utensilios de trabajo con que se han hecho las fortificaciones. Luego pasamos al pie de unos cerros de no mucha elevación, donde los enemigos habían hecho muy buenas defensas, enseguida nos internamos a la derecha por callejones tapiados por un lado y por el otro una acequia pastosa y con abundante agua. Aquí apagamos la sed, que ya nos confundía. Pocos muertos encontramos por ese lado. Llegamos a un gran edificio con figura de iglesia, junto a un gran molino hidráulico. Todo el conjunto de estos dos edificios semejaban a un gran castillo. Este es el punto llamado San Juan.



El camino que de aquí seguimos hacia el puesto de Chorrillos fue por una especie de vega. Entretanto el fuego de fusilería no se cortaba y calculé que los enemigos se obstinaban en no rendirse. En una pequeña plazoleta formada por los árboles, totora y pantanos, vimos que nuestra artillería hacía fuego a un castillo situado en la cumbre del cerro que por el sur cierra la bahía de Chorrillos. Ese es el nombrado Salto del Fraile. Las punterías eran muy certeras, pues casi todas las granadas reventaban en el edificio fortificado. Desde esa plazoleta divisamos a nuestra escuadra fondeada al sur de la cadena de cerros que terminan en el castillo nombrado. Sería algo más de la 1 P. M. cuando se nos dio orden de apurar la marcha. El Aconcagua debía entrar atacando por el lado de la Estación del Ferrocarril que va a Lima. Una brigada de artillería que nos alcanzó, dividió en varias porciones el regimiento. El Comandante a caballo caminaba delante haciendo tocar trote. Los que podían trotaban, los otros aligeraban el tranco, porque el cansancio no les permitía más, y los demás daban paso a la artillería y caballería, desuniendo así las filas. Eran unos pocos los que seguían al jefe. Muy pronto éste se vio sin regimiento y llegó cerca de la Estación con restos de la 3ª y 4ª compañías del 1er Batallón, pero éstas sin más oficial que el capitán Ricci. Atrás quedamos perdidos todos. Yo seguía andando potreros tras potreros con algunos soldados en seguimiento del Comandante, que hacía tocar llamada y trote para reunir los dispersos. Estos toques se confundieron con los de otros cuerpos y nadie supo por dónde debíamos caminar. Después de larga caminata por bajo de frondosos árboles y plantas de las numerosas chacras que llenan este ameno valle, di por fin con el Comandante, después de pasar varios sustos, pues varias veces se nos hizo fuego de unos tapiales paralelos a la línea férrea. Entretanto, el combate en el pueblo de Chorrillos y sus inmediaciones era bien sostenido por ambas partes. Varios cuerpos de la 1ª y 2ª División habían entrado por distintos puntos desalojando a los cholos, que se parapetaban en las casas y tapiales. El Aconcagua entró disperso, por la razón ya dicha, y se batió a un grupo de cholos que de una casa disparaban mortífero fuego. El teniente González (el chico, como lo llamábamos, a causa de su pequeña estatura) y el subteniente Byssivinger, con el capitán Campos a la cabeza de la tropa, cargaron a la bayoneta. Por de pronto quedaron sin ser molestados por enemigos, que en otras direcciones seguían batiéndose. El chico González, conseguido aquel triunfo, le dijo a sus compañeros: “amigos, nos hemos batido como leones”, acompañando a estas palabras algunas otras más festivas, propias de su carácter siempre alegre. En esos mismos momentos una bala le atravesaba el pecho y enseguida dos más, quedando agonizante en el suelo. El capitán Campos de la 1ª del 1º también era herido, mientras que soldados de todas nuestras compañías, mezclados con otros cuerpos, también dispersos, peleaban por todas partes de la población. Otro puñado de aconcaguinos mandados por Nordenflycht y el subteniente Arancibia, siguieron por el camino de Barrancas y Miraflores batiendo los dispersos y limpiando de enemigos el camino. En el primero de los pueblos nombrados llegaron a un hotel donde se les atendió gratis; muy bien de todo cuanto quisieron. Estando en este lugar, vieron aproximarse un tren que venía de Lima lleno de soldados. Tomaron sus posiciones convenientes para impedir la



llegada a Chorrillos de esa fuerza; pero ésta al verlos retrocedió y se fue a Lima o quién sabe dónde.

La batalla de Chorrillos terminó definitivamente como a las 4:30 P. M. A pesar de que nuestro cuerpo peleó casi todo, aunque disperso, sin embargo, al jefe de la brigada, coronel Urriola, le causó mala impresión eso de no haber podido el Comandante reunir su regimiento. El General en Jefe dicen que dijo al saber eso: “es una vergüenza lo que pasa en ese cuerpo”. Y agregan personas que aseguran haberle oído al mismo general estas palabras en contestación a otra que increpaba la conducta de Díaz Muñoz: “pues entonces, cambiaremos de jefe”.

Tal vez aturdido por el ridículo papel que se vio obligado a representar el Comandante, lo vi yo sin resolución y aun sin mando alguno en la tropa. Al 2º jefe, Bustamante, Nordenflycht y otros los vi solucionar dificultades y ordenar algo; pero el Díaz estaba insensible... ¿Era de miedo? Creo que no, pues estoy muy lejos de tenerlo por cobarde. ¿Era de temor de la cuenta que tendría que dar del regimiento que no pudo reunir para atacar en el punto que se le indicó? Tal vez por esto alguien le indicó la conveniencia de volver atrás para reunir a la dispersa tropa, y así lo hizo, después de estar cerca de una hora en un callejón que parecía un horno en lo caliente. Volvimos por el mismo camino; al paso, frente a un cañaveral muy tupido, se sintieron tiros salidos de él. Al punto unos soldados abrieron fuego graneado, que duró como un minuto. Los enemigos que había ocultos sin duda huyeron. Muy cansados llegamos al fin a un potrero en que ya estaba acampado el 2º Batallón y mucha parte de la 1ª y 2ª Compañía del 1º, que sólo a esa hora, que eran las 5:30 P. M., las vinimos a encontrar, al mismo tiempo que se formaba del lado de Lima un espléndido arco iris, muy admirado y comentado por todos. Luego que llegamos trajeron en una silleta al finado teniente González, y vestido con su traje militar se le tendió en el suelo y se le pusieron velas encendidas, y así pasó hasta el día siguiente. Casi todos nos acostamos en el pasto, rendidos como estábamos de cansados. Los soldados que habían quedado dispersos, y todos los que de propósito se quedan atrás de las compañías que llegaron formadas, empezaron a llegar al campamento con jarros, caramañolas y botellas todas llenas de pisco o vino. Otros traían conservas, gallinas, espejos, vestidos, quitasoles y muchas otras cosas, y no pocos ostentaban en sus cabezas o en la punta de sus bayonetas quepis de soldados peruanos o algún sombrero apuntado de coronel. Con todo esto la algazara que se formó entre los soldados fue cundiendo a medida que iban pasando larguísimos tragos del exquisito pisco, de modo que al entrarse el sol, la rasca era ya tremenda y general. En el pueblo la borrachera subió de punto. Los soldados mataban, saqueaban y bebían a discreción. A la hora indicada gruesas y gigantescas columnas de humo se elevaban hasta las nubes, produciendo horrorosos incendios, en medio de la alegría general de los soldados de todos los cuerpos, ebrios de vino, de sangre y de victoria.

Nuestro Comandante, visto el alboroto, que se iba formando, hizo tocar silencio apenas llegó la noche, mandando acostarse a todos. Serían las 9 P. M. cuando se ordenó



mandar una compañía de avanzada en unión con otra de los navales. Aquí fue el apuro en que se vio el ayudante Nordenflycht para poder reunir la gente necesaria, pues el regimiento entero estaba *iluminado*... La 1ª a del 1º no pasó más de media docena de hombres, y así las demás; pero ninguno se podía parar derecho. 120 soldados que quedaron formados. El teniente Letelier, Izquierdo y yo, y otro oficial del 2º Batallón, fuimos nombrados para dicha avanzada. La noche estaba clara y el cielo enrojecido con el resplandor del incendio de Chorrillos. Salimos con la fuerza indicada en dirección al campamento de los Navales, que estaban en el mismo potrero sembrado de camotes en que roncaba el nuestro. En los Navales habían tropezado con el mismo inconveniente que nosotros, pues la tropa había bebido también por jarros el pisco. Un oficial le dijo al 2º comandante, que lo apuraba para que formara la tropa necesaria: “¡pero señor si todos están *curados*... !” Por fin, unidas ambas fuerzas, que serían unos 150 hombres y los oficiales respectivos, al mando del mayor de los Navales, salimos a la línea férrea y por ella caminamos varias cuadras y acampamos no distante del pueblo de Barrancas, que ardía como Chorrillos. En un ancho camino que va probablemente a Lima, quedó establecida la avanzada, nombrándose los centinelas del caso. Se temía que Piérola intentara una sorpresa en la noche, trayendo de Lima gente de fresco, y a la verdad que nos habría molestado más de algo, pues aparte del cansancio de las tropas, éstas habían bebido como odres, y estaban inútiles en gran parte. A pesar de estos temores, nada de notable ocurrió en la noche. El servicio se hacía cada hora, viniéndome a tocar la guardia desde la 1 A. M. hasta las 5 A. M., es decir, hasta la diana. Dormimos en el suelo, medio a medio del camino, eligiendo yo la parte más suelta del terreno por lo blanda... Desde ese puesto de avanzada sentíamos la bulla de la soldadesca ebria del infeliz pueblo de Chorrillos. El incendio parecía crecer más cada momento. Detonaciones de rifles se sentían continuamente en el incendio, y eran balazos que se tiraban unos a otros. Esa fue la *noche triste* de Chorrillos... Lo que pasó después de la victoria es lo que comúnmente pasa en una población tomada a viva fuerza. ¿Y de qué otra forma le podemos hacer la guerra a estos cafres?

14. *Viernes*. Apenas oímos diana en algunos cuerpos, nos retiramos a nuestro campamento. En el camino encontramos varios cadáveres de enemigos ya en descomposición.

Durante todo el día continuó ardiendo todo Chorrillos. Desde nuestro campamento vimos consumir por las llamas hermosos edificios de dos pisos, que parecían iglesias por sus miradores en forma de torres. Se mencionan muchas desgracias ocurridas. Una gallina llevada por algunos soldados era quitada a balazos por otros. La negativa de un trago de licor producía igual resultado. Todas las cuestiones las solucionaba la bala o bayoneta. Un cabo de nuestra banda (no se ha averiguado quién sería) pidió un trago de vino a un soldado naval; éste no quiso darle, y sin más que esto, el cabo lo mata de un balazo y se toma el licor. Varios soldados encontraron niñas peruanas, según creo, se encerraban con ellas a remoler en una casa, al son de un piano tocado por esas callosas manos chilenas. En la puerta de calle pusieron centinela

armado de rifle y bien municionado. El que pretendía entrar, bala con él. En Chorrillos nuestros soldados *se pusieron las botas*.

Se corrió en el día la noticia de que el general Baquedano había mandado un parlamentario a Piérola, intimando la rendición de Lima. Se agregó que esa ciudad capitulaba. Esto fue creído por todos. Y aun el mismo General en Jefe parece que creyó algo de esto, porque en la tarde se comunicó en la Orden General que de cada compañía se nombrara cierto número de soldados para enterrar a los muertos. Esta misma operación ya la estaban practicando los prisioneros enemigos, que en grandes partidas iban capturando nuestros soldados.

Cuando todos creíamos que pronto saborearíamos los buenos frutos de la paz, llega el Comandante Bustamante, al parecer medio alegre, y arenga a la tropa, diciéndoles que íbamos a marchar camino de Lima, donde era preciso pelear hasta vencer o morir. Por esto supimos que la paz sólo había sido un sueño. Inmediatamente se tocó tropa y nadie pensó en enterrar muertos. Se sabía que nuestro regimiento, caso de haber otra batalla, sería de los primeros en entrar en combate. Todos decíamos que esta vez no escaparíamos vivos. Teníamos la idea de que no conoceríamos Lima, y que esto lo harían los que pasaran por nuestros yertos cuerpos...

Poco antes de entrarse el sol nos pusimos en marcha, siendo precedidos por el Naval. Salimos por el campamento de este cuerpo, tocando nuestra banda el hermoso pasodoble *Viva Chile*. Al pasar por el camino real que sigue paralelo y junto a la línea férrea, los soldados del Valparaíso, que por centenares se agrupaban en las tapias, lanzaron repetidos vivas a nuestro regimiento, que fueron contestados por los nuestros. Gran número de chinos nos seguían, como siguen a todo cuerpo, sirviendo de bestias de carga. Hasta muy entrada la noche anduvimos por los rieles. Nos acercamos al pueblo de Barrancas y vimos que ardía un gran edificio. Desde esta distancia la costa de Chorrillos parecía una inmensa serpiente de fuego.

Por unos sitios plantados de plátanos, duraznos y otros árboles frutales entramos a la derecha de la línea férrea y nos internamos pisando camotales y grandes pastales. Con la entrada de la noche se nos aumentó la dificultad de andar bajo tanto árbol. ¡Qué tierras tan bien plantadas son éstas! Al fin llegamos a una casita medio escondida en el bosque, y aquí, a lo largo de una tapia sombreada por corpulentos árboles, tendimos nuestra línea de batalla, apoyada nuestra derecha por los Navales. Se sentaron los soldados al lado de la tapia, y como se encargó mucho silencio, pronto numerosos ronquidos empezaron a dejarse oír, los cuales con el rumor de las hojas de los árboles que mecían la fresca brisa, eran los únicos que interrumpían la quietud sepulcral de esa noche. Por otra parte, el hambre nos acosaba, pues en el día el que tuvo comió algo, y como remedio para desecharla por entonces, no había más que dormir. Yo puse en el suelo algunas hojas de plátanos y con ellas me acosté.

No sé qué hora de la noche sería cuando oímos resonar el silbido de una locomotora, que venía indudablemente de Lima. Una sorpresa fue esto para nosotros, a



pesar de que esperábamos siguieran las negociaciones de paz. Esta locomotora pasó a Chorrillos. En la misma corrieron nuevos rumores de paz. Yo medio dormido, oía todo esto. Hubo quien aseguró que la paz sería un hecho al día siguiente. La tal locomotora, según decían, había traído a los ministros extranjeros que intercedían a fin de librar a Lima de los horrores de un asalto.

15. *Sábado*. Pasamos una noche sin ninguna novedad. Ni siquiera los centinelas avanzados tuvieron a quién preguntar el *quién vive*. Durante toda la noche iluminó el horizonte el gran incendio que empezaba en Chorrillos y terminaba en Barrancas.

En la mañana del día arriba apuntado, llegaron a nuestro campamento varios italianos, y aun cholos, que querían estar bajo nuestra protección, temiendo a los soldados sueltos que andaban por todas partes en busca de botín.

Con el nuevo día vimos que nos habíamos acampado a una cuadra del pueblo de Barrancas. Toda la 3ª División estaba acampada a igual distancia. Desde temprano los soldados de todos los cuerpos inundaron el pueblo completamente deshabitado, y lo saquearon. Nosotros veíamos como un camino de hormigas cruzar por todos los senderos que a él conducen a soldados cargados con cuanto encontraban en las casas, y mientras otros buscaban por cercados y jardines cuanto servía de alimento. El camotal en que estábamos nos dio buen desayuno.

Como a las 6:30 A. M. sentimos el silbido de una locomotora que se acercaba del lado de Lima. Nuevo anuncio de paz fue éste. Gran curiosidad tuvimos todos por ver a este primer tren limeño. Los soldados corrieron a las inmediaciones de los rieles a verlo pasar. Por entre un bosque de naranjales y otros árboles se divisaba una bandera blanca, que poco a poco venía aproximándose. La locomotora apareció al fin, arrastrando un gran carro amarillo, donde venían los ministros extranjeros. El maquinista lanzó un *viva Chile* al llegar frente al lugar ocupado por grandes grupos de soldados. Estos contestaron con otros *vivas* prolongados y unánimes. El tren siguió a Chorrillos dando silbidos para anunciar su presencia y evitarse un desacato. Luego recibí orden del Comandante Bustamante de ir al pueblo en busca de cualquier clase de víveres para el regimiento. Deseaba conocer ese pueblo y saber lo que es un saqueo, pues en el pueblo de Chorrillos no vi más que sus árboles. Llevé algunos soldados y fui buscando de casa en casa alguna cosa de comer. En el primer edificio que encontré abierto entré. Era un despacho, pero con los cajones vacíos. Sólo quedaba un poco de harina y mucha sal. Repartí los soldados en varias comisiones para que cada uno buscara víveres y los llevara al vecino campamento, mientras yo andaba por todas partes, viendo y registrando todo.

Barrancas es (o era) un bonito pueblo, cuyas casas son de dos pisos en su mayor parte, grandes y hermosas. Arboledas y jardines se encuentran con profusión, embalsamando el aire con el embriagador perfume de sus pintadas flores.

En la actualidad las pocas calles que tiene el pueblo estaban llenas de soldados, que entraban y salían de las casas. Yo entré a una de éstas, muy lujosa. Todos los



salones bien amoblados, estaban patas arriba. Elegantes lámparas, mesas con cubiertas de mármol, el servicio de porcelana, y todo el lujoso menaje de una casa de buen tono estaba hecho pedazos. Encontré un “Diccionario Bíblico” entre muchos otros libros extranjeros y nacionales, el cual me llevé al campamento. Esto fue lo único que saqué del saqueo de Barrancas. Al quererme retirar pasé por una hermosa casa, y divisé por la ventana a cuatro soldados de no sé qué cuerpo que, sentados al lado de un piano, tocaban y cantaban a un mismo tiempo la Canción Nacional y la de Yungay ¿cómo saldría eso? El pueblo, entretanto, seguía ardiendo. Me daba lástima ver esta obra de destrucción. Las llamas abarcaban a un edificio en tres minutos, y apenas una casa quedaba hecha cenizas, asomaba el destructor elemento en otra parte. ¿Habría alguien encargado de dar fuego? Así lo creo.

Cuando volvía a mi campamento encontré en la calle un buen plano litográfico de Lima, el cual guardé para usarlo en próxima ocasión. De repente pasa un piquete de Cazadores a Caballo en dirección a Chorrillos y detrás iba un oficial gritando a los soldados que andaban revueltos por todas partes, que se volvieran a sus cuerpos, porque el enemigo estaba muy cerca. Muchos corrieron en obediencia de esa voz y otros dudaron. Yo apresuré el paso y llegué luego a mi compañía contando lo dicho. Encontré la orden de prepararse a partir a otro nuevo campamento; pero nadie dudaba de la paz. En esos momentos se anunció la vuelta del tren que había pasado a Chorrillos. Ignorábamos el resultado de las conferencias habidas con el General en Jefe. Detrás del tren desfiló inmediatamente la artillería, y este hecho me hizo suponer que no habrá paz. Sin embargo, se asegura que los plenipotenciarios extranjeros volverían a las 12 del mismo día, hora en que terminaba el plazo que se les daba para admitir ciertas proposiciones del general, sin las cuales no habría arreglo, por consiguiente la campaña seguía.

A las 9 A. M. se tocó tropa, cuando ésta aun no había alcanzado a saborear sus pobres comidas. Los soldados dejaron en el fuego sus ollitas, y muchos apenas comieron un camote. Mientras la tropa salía al camino real unido al de hierro, y las mujeres de los soldados quedaron acomodando sus burros para cargarlos con todo lo que acostumbran andar trayendo, tales como útiles de cocina, ropa, perros y otras cosas más.

La división entera era la que se movía, siendo nosotros precedidos del Naval y Santiago. Pasamos por las inmediaciones de Barrancas, donde nuevos incendios se habían producido. En el campamento había dejado el Diccionario Bíblico, lo que he sentido mucho. Todos llevábamos nada más que lo encapillado, oficiales y tropa, sin quitar el morral y caramañola, que son indispensables; esas dos cosas no las confío a nadie. En la mañana había yo comprado 20 centavos de pisco a un soldado y lo había puesto al agua de mi caramañola, de manera que obtuve un buen *confortativo*, que más tarde me fue muy útil. Antes de seguir adelante, recordaré una graciosa ocurrencia que me sucedió al salir de este campamento.



Había yo llevado de Barrancas una carpeta de hule, sobre la cual me tendí, empleándola como cama, y ahí me entretuve en leer y escribir, hasta que se tocó tropa, hora en que me levanté... para volver a caer de nuevo. La maldita carpeta se me había pegado en las piernas, espalda y brazos, especialmente en las asentaderas. Con ayuda de un vecino pude sacarme esta tela, no sin que se quedaran adheridos a los pantalones grandes pedazos amarillentos del revés de la carpeta, cual si me los hubieran pegado con cola...

De Barrancas seguimos adelante, por la línea férrea que va a Lima, hasta llegar frente a una casaquinta situada a la izquierda del camino. En esa casa había un gran estanque lleno de buena y limpia agua, en el lado derecho de la entrada de una gran huerta sembrada de toda clase de hortalizas y muchos árboles frutales. El regimiento hizo alto en ese punto para que los soldados llenaran sus caramañolas, como así empezó a hacerse, comenzando desde la 1ª Compañía del 1º. Cuando tocó el turno a la mía (la 38) fui yo también por novedad a la casaquinta, a pesar de que tenía lastimados los pies por las marchas anteriores. Todos los soldados agarraron por atados las cebollas, lechugas, rábanos, betarragas, repollos y flores, pues todo había en abundancia. El sitio plantado era lindísimo. Algunos soldados en el colmo de la alegría salían cantando, llevando en florado el rifle. La 4ª Compañía había ya empezado a entrar como las anteriores, cuando el mayor Briones, por orden superior, mandó no se tomara más agua, y que se siguiera la marcha, diciendo que más adelante había agua fresca en abundancia. A este tiempo llegaba el General en Jefe con el Estado Mayor, parece que luego siguió camino a Lima. Un escuadrón de caballería había ya pasado adelante de nosotros. El Comandante siguió adelante, conforme se había ordenado, cuando quedaba más de la mitad del regimiento sin agua y casi en ayunas.

Con las armas a discreción, paso de camino, se suspendió la marcha. Serían las 11:30 o 12 A. M. Hacía bastante calor, aunque era fresco el vientecillo que corría en la extensa campiña que recorriamos. Adelante de nosotros divisábamos muchas tapias a uno y otro lado de la línea, que indicaban el gran número de propiedades cercadas que dividen estas tierras. Ya habíamos torcido a la derecha de la línea y continuado marchando por un camino angosto y terroso, cuando a lo lejos sentimos un tiroteo, que indicaba por nuestro frente la presencia de enemigos. Un ayudante nos dijo que los Navales habían encontrado fuerzas enemigas y las batían. Con esto se mandó apresurar el paso.

Muy lejos estábamos de figurarnos en que tendríamos que pelear ese día, cuando de repente sentimos el estruendo de una descarga de fusilería, pasando por nuestras cabezas un diluvio de balas. En el acto se mandó ocultarnos tras las tapias y hacer fuego en dirección a otros tapiales de la izquierda, tras de los cuales se ocultaba el enemigo. Siguióse un tiroteo por ambas partes. Algunos de nuestros soldados, asustados por la sorpresa y por las balas, no se cuidaban de apuntar a las tapias donde partía el fuego contrario, sino que afirmaban el cañón del rifle en la muralla y tiraban a las nubes, figurándose tal vez que el mayor ruido y no las certeras punterías deciden un combate.



Fue preciso que yo y otros oficiales les hiciéramos comprender que así perdían tiempo y cápsulas. Sólo entonces asomaron la cabeza, apuntaron bien y disparaban, perdiendo poco a poco el temor.

Entretanto, nuestra gente se fue reuniendo en grandes masas, y costó no poco trabajo hacerlos dispersar en guerrilla, pues la cometa apenas se oía. De repente gritan varios: “el Santiago nos hace fuego y nos ha tomado por enemigos”. Para salir de dudas gritamos todos: “¡arriba el estandarte!” Al ver nuestra bandera, en vez de cesar el fuego enemigo, nos mandó descargas cerradas. “¡Abajo la bandera!” gritamos otra vez... y contestamos con otras descargas. Pero luego muchos volvieron a gritar, “no tiren más que son los navales”, y acto continuado nuestro Comandante hizo cesar el fuego con cometa. Con el mismo objeto anterior de que se nos reconociera gritamos a Vargas: “¡levanten el estandarte!”, Apenas volvió a aparecer éste, un fuego tremendo se nos hizo. Las balas llovieron alrededor de la vieja bandera, cuya lanza fue tronchada. Al momento se trabó de nuevo la lucha y ya no hubo duda de que eran cholos los que teníamos al frente.

Por un pedazo de muralla caído se lanzó el Comandante a pie, seguido de todos los soldados que estaban a sus inmediaciones, agachando la cabeza como cuando llueve con viento, para evitar que se moje la cara y avanzó de frente hasta colocarse muchos metros delante de nuestra primera posición. Allí se parapetó y dirigió el ataque. El resto de la tropa siguió tirando en avance agazapándose por las tapias y zanjones. A ese tiempo los cholos dispararon de uno de los frentes una granada que fue a reventar una cuadra detrás de nosotros. Esto nos hizo comprender que teníamos que librar reñida batalla.

En efecto los cholos tenían gran número de trincheras con troneras y aun las tapias vecinales estaban colocadas como sandías, y así de mampuesto y bien resguardados de nuestras balas nos hacían un fuego tremendo. A pocos pasos de mí cayó el corneta Avendaño, herido en un brazo, según creo, y más adelante fui encontrando varios otros heridos de nuestro cuerpo. Mientras tanto, el combate se hizo general, y todos procurábamos avanzar. Toda la 3ª División entró al fuego, atacando por la izquierda el Santiago y Naval, y por la derecha el Aconcagua. Este último se vio luego en la imposibilidad de atacar unido, por las dificultades que presentaba el terreno. Había el peligro de saltar las tapias, en cuya operación eran muchos los que caían. Varios grupos siguieron por el flanco, otros de frente y algunos se quedaron, porque no teniendo oficiales, pues éstos también se dispersaron en los distintos grupos, no hallaron qué camino tomar. Soldados de otros cuerpos hacían lo mismo.

Las balas caían como granizo y hacían infructuoso el ataque, pues las nuestras se enterraban en los macizos cimientos de las fortificaciones. Un grupo de soldados, saltando zanjas y tapias, se avanzó por nuestra derecha, yendo a la cabeza el capitán Ricci, que gritaba: “¡adelante muchachos!” Yo con otros pocos seguí de frente hasta llegar a una porción de navales dispersos en guerrilla, muy cerca de las primeras



trincheras. De pronto veo que los más adelantados vuelven atrás a toda carrera, y siguen los demás ¿Qué es lo que hay?, les grité. “Los cholos nos rodean”, me contestaron algunos, señalándome una línea de fuegos que se iba corriendo a dos cuadras o tres por la derecha, sin duda para cercamos. Como éramos pocos, nos retiramos, corriendo hasta parapetarnos en una tapia, mientras un grupo de aconcgüinos corría tirando, a cortarles el paso. Los cholos retrocedieron por ese lado y se replegaron a las trincheras.

El fuego seguía muy sostenido por los otros cuerpos, lo mismo que por los enemigos. Soldados de varios regimientos lograron ponerse tras de unas pircas de piedra y desde allí tiraban a corta distancia sin ser molestados. En otro lado más a la izquierda, las bajas ya eran considerables. Al subir a caballo el ayudante Nordenflycht cae muerto, traspasado el corazón. El capitán A. Ahumada de la 2ª del 1º cae asimismo, pero sólo herido. Llamó al cabo Espejo para que le acompañase, pero en el avance que se iba haciendo quedó solo. Las dos calderas del 2º Batallón, Canto, Letelier y varios otros oficiales quedaron tendidos en el campo, lo mismo que muchos individuos de tropa, no sólo de nuestro regimiento, sino también de los demás cuerpos. El combate era tenaz y sangriento. Deshecho el grupo que yo había hecho entrar, trato de alcanzar a los navales y habiendo visto una larga hilera de aconcgüinos que sostenían un vivo fuego ocultos tras de una tapia, me fui a ese punto, donde encontré al comandante Díaz Muñoz, Bustamante, ayudante Castro y otros en medio de la tropa. Como yo notase que a muchos soldados se le habían concluido las cápsulas ya varios estaban por acabárseles, hice presente esto al Comandante, quien me mandó ir al parque a buscar municiones. Como a cuadra y media o más se veía flotar una bandera, a nuestra retaguardia, y el Comandante me indicó ese lugar como el que parecía señalar al parque. Me dijo que diera una vuelta por detrás de unos tapiales a fin de evitar las balas. Yo le dije que más corto era el camino yendo derecho a la bandera, en línea recta, que no dar un rodeo que demoraría mucho más. El capitán Castro me dijo que no me fuera por el camino que yo indicaba, porque tenía mucho peligro. A pesar de esto, y diciendo yo al Comandante: “si caigo, que vaya otro en mi lugar”, me lancé a toda carrera por el medio del potrero en derechura de la bandera, haciendo un círculo con mi espada sobre mi cabeza para conjurar el peligro, como un galgo. Sentía silbar las balas por todas partes. Algunas daban en el suelo tan cerca, que la tierra se levantaba y llegaba hasta mis botas. Estas me defendieron de una bala que de rebote chocó en mi pierna izquierda, haciéndome caer de bruces, por cuya circunstancia tuve esa parte dolorida muchos días. Cuando había salvado la mitad de la distancia, o más, sentí gran cansancio, pues cargaba mucho peso, y sin embargo, la lluvia crecía... y había que correr mucho aún. Pocos metros antes de llegar a la tapia tras de la cual se veía la bandera, tuve que variar de rumbo a cada tranco, pues parecía que los cholos, al verme correr tanto y seguro habían creído llevaba alguna comisión importante, y fijaban sus punterías en mí. Al fin, casi sin resuello, llegué a dicha tapia y de un salto me puse al otro lado, cayendo al suelo como muerto. Un subteniente del 2º batallón que en ese mismo lugar descansaba me preguntó si estaba herido. Sólo pude decirle el objetivo que me llevaba, suplicándole

siguiera él hasta el lugar que yo decía estaba el parque, pocos pasos más adelante, como en efecto así lo hizo. Pocos cansancios había tenido tan grandes como ése. Parecía que el corazón se me salía por la boca. Mi caramañola quedó casi vacía, y al tomar su agua con pisco ya pude respirar con más holgura. Las balas no me tocaron; pero en la pared, tras de la que yo descansaba, caían como goteras de un tejado, en tanto número, que los adobones del grueso tapial empezaron a caerse casi encima de mí.

El ruido que desde ese lugar sentía yo era ensordecedor, como que millares de hombres se disparaban mutuamente balas y metralla, y además tronaban a lo lejos los poderosos cañones de nuestra Escuadra, que estaba en la caleta vecina ya nuestra vista. De varios altos picos de los cerros que teníamos al frente y a la derecha, se nos hacía fuego de cañón a juzgar por el humo que se levantaba de cuando en cuando, aunque yo no sentía el estampido.

Hasta entonces la 3ª División era la que sostenía el combate, dispersa en todos los potreros. Las otras divisiones de refresco tardaban en llegar. La sed, el cansancio son otros tantos enemigos con quienes nuestros soldados, en su mayor parte, tenían que combatir. Las cápsulas ya se estaban agotando, teniendo que prestarse unos a otros, y los que no tenían se cruzaban de brazos sentados al lado de los que tenían qué tirar. Y para remate de la obra, el subteniente antes mencionado volvió diciéndome que no había parque, y que la bandera que tanto me había hecho correr, estaba implantada en una casucha de madera... ¡Ni un solo cartucho...!

Ignoro qué hora sería entonces. De pronto siento a lo lejos, a retaguardia de nuestras tropas, el toque de ataque de una cometa, seguido de un gran ruido de voces y gritos de Viva Chile, y otro de la 1ª División que llegaba al trote. Varios jefes que ya veían el sudor correr por las frentes de sus soldados por la fatigosa y forzada marcha, les gritaban para atentarlos “¡ánimo muchachos, no hay que desmayar, que navales y aconcagüinos están casi hecho pedazos!”. Al mismo tiempo las tropas de la 38 División ganaban terreno, y con el refuerzo llegados se lanzaron a todo correr sobre las primeras trincheras, que fueron tomadas. Pero quedaban las demás, y hacia ellas se dirigieron todos nuestros tiros. También llegó el tan deseado parque y mediante esto, las cananas volvieron a repletarse de balas y el fuego se hizo más nutrido. De gusto me puse a tirar con un rifle que tenía un atacameño, disparando como doce balazos sobre un militar a caballo que andaba en el cuerpo enemigo, que después supe era Piérola.

Del lugar en que yo descansaba me levanté a seguir a lo largo de la tapia en dirección de las posiciones enemigas. Muchos soldados del Naval con uno o dos oficiales descansaban sentados en el fondo y al borde de la zanja contigua al tapial. Como me pareció que todos estábamos ya algo descansados, llamé a varios soldados del Aconcagua para que me siguieran a reunirnos con los demás que adelante seguían batiéndose. Cerca de ese lugar encontré a los subtenientes Alamos y Arancibia, de mi regimiento, que por más que los llamé para que siguiéramos la marcha, no se movieron, y antes me llamaron para que descansara otro poco. Muy peligrosa era la salida a la

pampita por donde teníamos que pasar. El miedo a las balas hacía que nadie pasara adelante por ese lado. La posición era muy cómoda donde estábamos, pero continuar así pensé yo que era cobardía. Yo les grité a todos los soldados que estaban cerca: “¡vamos más adelante; allá (señalaba con la espada las posiciones enemigas) está la gloria, y aquí la vergüenza para los cobardes!”. A estas palabras se pararon todos y me siguieron agazapados por el zanjón. Yo para dar ejemplo marché a pecho descubierto. Aquí otra vez creí que por lo menos saldría herido, pues no era poco el número de balas que los Cholos disparaban a ese lugar. Por fortuna salí ileso. Con toda esa tropa que me seguía llegamos al lugar en que estaba el atacameño antes nombrado, y allí todos, a una cuadra frente a una trinchera, empezamos luego a dar fuego. El atacameño estaba seco de sed y los soldados que con él estaban no tenían ni gota de agua. Mi caramañola los sacó de apuro. A un muerto que había encontrado antes con su caramañola llena de agua, le quité ésta y llené la mía, y un soldado me ofreció ponerle pisco, como en efecto así lo hizo. Creo que era la 2ª ó 3ª vez que la llenaba.

Por un callejón que atraviesa estos potreros, y que debe ser el camino real de Chorrillos a Miraflores, a cuyo último punto nos íbamos aproximando poco a poco, vimos avanzar un pelotón de infantería, llevando adelante una gran bandera chilena. Al verla, todos saltamos las tapias y nos presentamos a pampa rasa frente a la trinchera. Otro oficial encontré, de no sé qué cuerpo y ambos arengábamos a la tropa. Detrás de la tapia que abandonábamos habían varios cajones de cápsulas traídos por mulas, una de las cuales quedó muerta y la otra herida. Yo saqué algunos paquetes para llevar y repartir a cuantos los necesitasen.

Dispersados en guerrilla avanzaban a esa hora todos los cuerpos en los potreros. Yo que creí ver al Aconcagua en los grupos de soldados que pasaban por el callejón recordado, me fui cargando a la izquierda hasta salir a él. Los aconcaguinos éramos pocos; la mayoría la formaban otros cuerpos. En medio de todos seguí avanzando. De todas partes se sentían los toques de carga, todos tratábamos de avanzar como podíamos. Mucha gente se iba quedando atrás, de cansadas y de sed. Yo di bastante, hasta dejar un par de tragos. Afortunadamente encontré una acequia con agua, al parecer limpia y volví a llenar mi caramañola.

A ese tiempo, y sin que yo lo notase, nuestro estandarte era llevado al trote por Vargas, que seguía al capitán Ricci, el cual hacía tocar *carga* a un corneta. Cuando yo por la izquierda llegaba a los primeros fuertes, éstos ya habían sido tomados y nuestra vieja bandera clavada en sus cimas. Y yo por correr en el callejón con los soldados que por él iban, que eran más de 150, no noté qué bandera estaba allí puesta. Nuestras ansias eran ganar la retaguardia enemiga.

Pasamos varios fuertes, en los cuales sólo quedaba el *repaso* de los soldados. Al cholo que encontraban vivo lo mataban sin pérdida de tiempo. Uno de aquéllos salió de unos pequeños ranchos o casuchas que tenía un fuerte, y para librarse de que lo mataran, votó sus armas y gritó “Viva Chile”. Un chino armado de una pala pasaba por

ese punto y a aquel grito se fue donde el cholo dándole un palazo en la cabeza, matándolo en el acto, y diciendo a los soldados chilenos que llegaban: “¡así mata a estos peluanos, calaco!”. Con grandes carcajadas celebraban los soldados este hecho.

Nos quedaban unos pocos fuertes y todos fueron tomados sucesivamente, quedando muchos chilenos sembrando con sus cadáveres el campo. Pero aunque a tanta costa obteníamos el triunfo, sin embargo, triunfo era. Los cholos abandonaban las trincheras cuando veían cerca las bayonetas chilenas, y corrían a otro fuerte, donde empezaban de nuevo a hacer fuego. Por eso es que la mortandad de nuestra parte fue muy grande. Por las partes donde yo pasé, encontré pocos cholos muertos, mezclados con italianos. Nuestros soldados le daban balazos y bayonetazos y después los registraban. Les encontraban billetes y monedas de níquel y a algunos anillos, revólveres y carabinas.

Por fin, llegábamos jadeantes al último fuerte. Un poco adelante de mí corrían por todas partes los soldados sin orden alguno, y llegaban a esas trincheras, que los cholos habían cuidado de abandonar prudentemente. Cuando los primeros soldados llegaban disparando sus rifles a la cumbre del elevado fuerte, éste hizo explosión, levantando hasta las nubes grandes torbellinos de tierra y humo negro. El estruendo fue espantoso. El suelo tembló a larga distancia. Yo, que iba llegando a la base con los demás soldados, todos al trote, me paré de sorpresa, pues parecía que se había abierto el infierno. Las minas de Chorrillos eran una broma en comparación a esta última. Medio minuto me bastó para salir de tal sorpresa, pasada la cual, emprendimos la carrera y rodeamos el fuerte poniéndonos a las espaldas de él. Ya no quedaba un cholo vivo, y de los nuestros fueron muy pocos los que cayeron. Me contaron los soldados que el individuo que hizo estallar la mina fue tomado por ellos y muerto a bala y bayoneta, hecho lo cual le prendieron fuego. En efecto, yo vi ardiendo a pocos pasos de mí a un hombre todo destrozado. A este tiempo apareció por el lado de Lima un bellísimo arco iris, lo mismo que en Chorrillos.

Tal fue la conclusión de esta ya larga batalla. El sol se entraba ya cuando se dio por terminada la acción, coronada con nuestra gran victoria. Los soldados daban atronadores vivas alrededor del fuerte, gritando unos *Viva los coquimbanos*; otros *Viva los santiaguinos*; *viva los del Aconcagua*. Y así cada uno gritaba para su regimiento. A ese preciso tiempo llegaron al galope Félix Briones, mayor del E.M. de la 3ª División y el teniente coronel Gorostiaga del E.M. General, y trataron de reunir a todos los soldados que por allí andaban y restituirlos a sus cuerpos respectivos. Yo reuní a los del Aconcagua y junté sólo 5, entre ellos un cabo 1º y un sargento 1º.

El expresado Gorostiaga hizo formar de a dos de fondo a la tropa reunida y me puso a la cabeza de ella, mandándola desfilarse enseguida como a media cuadra de distancia, donde hizo hacer alto. Los soldados metían una gran bulla contándose unos a otros sus escapadas y sus hazañas. Dicho jefe formó por divisiones a todos los que había encontrado inmediatos a la tal trinchera. Empezó por la 3ª División. A este

llamado: *Salgan al frente los de la 3ª División*, salieron trece soldados, de los cuales 5 eran aconcagüinos, como antes dije. Enseguida dijo “Salgan los oficiales de esta división”. Yo solo salí al frente. Me había tocado el honor de ser el único oficial de infantería de toda la división que se había encontrado en la última fortaleza enemiga. Hecho esto, el mismo Gorostiaga me mandó buscar a los cuerpos a que pertenecían esos soldados y entregarlos. El sol se había hundido en el mar a este tiempo. Parece que el cielo nos esperaba con luz hasta obtener el remate de la gran obra. Me encargó el jefe nombrado, que si no encontraba a los regimientos me fuera a Chorrillos donde el General en Jefe. El viaje era demasiado largo para quienes estaban rendidos de cansados. Luego, ¿qué le iba a decir al general?

Pero no había que preguntar. Hice desfilar de a dos de fondo a los trece y emprendí la marcha en busca del Aconcagua u otro cuerpo de la 3ª División, teniendo para esto que atravesar todo el campo de batalla.

Mientras esto pasaba, una desgracia irreparable acontecía en el vecino pueblo de Miraflores. Varios soldados llevaban preso a un jefe peruano. Lo encuentran los subtenientes Domínguez de la 1ª; del 1º y Byssivinger de la 2ª y a ellos les suplica el peruano lo salven. Byssivinger lo toma del brazo y promete salvarlo, como también Domínguez le dice igual cosa. Pero el grupo de soldados iba creciendo y varias voces se oyeron de que al peruano debía matarse. Aquí fue el conflicto de los dos oficiales del Aconcagua para librar al pobre cholo, pues los soldados estaban furiosos. Buscaban más vidas que sacrificar. De repente los soldados gritan a los oficiales que se retiren y les dejen al peruano, y tras de las palabras, se oye la detonación de un balazo disparado según se cree por un soldado del Valparaíso. La desgracia quiso que la bala no tocara al cholo; pero sí a Byssivinger, que le entró por la oreja derecha y le salió por la contraria. Cayó muerto en el acto. “Por María Santísima”, exclamó Domínguez, llorando de dolor al ver muerto a sus pies a su compañero “¿será posible que maten Uds. a un oficial chileno por matar a otro peruano?”. Los soldados dieron muestras de gran pesar, como era de suponerse, pues se trataba sólo de matar al enemigo. Furiosos los soldados por esta desgracia, se abalanzaron sobre el infeliz oficial peruano y lo tendieron a bayonetazos y balazos disparados a boca de jarro. Este hecho pasaba en la misma estación del ferrocarril. Parece que ésta fue la última muerte ocurrida en ese lugar. Esta desgracia me la contaron los soldados mientras caminábamos en busca de campamento. Byssivinger era un amigo, a quien yo apreciaba mucho, por sus dotes personales y su educación. Era además quien me había enseñado las primeras nociones de la milicia en San Felipe, pues ya era militar mucho tiempo antes. En Antofagasta ascendimos juntos. Su muerte fue una gran desgracia para mí. Espero que Dios habrá otorgado puerta franca en su reino para el que murió por cumplir con una obra de misericordia, queriendo salvar la vida de un pobre rendido.

La travesía que hice la noche de la batalla por el medio de los potreros, en que se había representado tan grande tragedia, fue dolorosa para mí y la recordaré siempre. Teníamos que saltar las mismas tapias y zanjones por donde en el día habíamos corrido

buscando enemigos con quienes combatir. Al ruido espantoso de la tarde había sucedido el silencio sepulcral de la noche. A cada paso tropezábamos con cadáveres o heridos, y a la distancia oíamos estos lamentos al sentirnos marchar: “Por amor de Dios, vengan a llevarme que me muero”, y esto con voz tan lastimera que partía el alma. Otros más alentados gritaban como un centinela: “*quién vive*”. Los soldados respondían: “*Chile*”, ¿quién está ahí?. “Yo hermanito”, respondía la misma voz, “sáquenme de este lugar, que ya no puedo más”.

Estos lamentos se oían en todas direcciones. En otras partes oíamos el estertor de la agonía. Nos inclinábamos a reconocer al moribundo y era algún conocido del Aconcagua o del Coquimbo o del Naval. ¡Qué tendal de gente! ¡Cuántos hombres sanos y robustos pocas horas antes, y ahora yertos y helados como un mármol! ¿Qué auxilio podíamos prestar a tanto infeliz que nos clamaba protección, en medio de ese campo oscuro que atravesábamos, sin rumbo fijo y sin saber hasta dónde iríamos a llegar? Yo sufría, tanto como los mismos desgraciados que alfombraban esos potreros. Casi lloré de pena cuando al reconocer a uno que apenas hablaba me dijo: “soy Rubio de la 2ª Compañía”. Este Rubio era de los más antiguos del regimiento y como militar muy bueno. Tendría unos 16 años. Me suplicó lo llevara a una ambulancia y agregó: “hágame el favor, mi subteniente, de llevarme de aquí, porque estoy muy mal herido”. Digo que este pobre niño me llenó de amargura la garganta, como si me hubieran dado a beber hiel ¡cuánto sentí haberlo encontrado!

Anduvimos quién sabe cuánto tiempo ni cuánta distancia. Veíamos cerca el resplandor del incendio de Chorrillos, al parecer, cuando nos dieron el *quien vive* muy a lo lejos. Era un centinela. Eso nos consoló, pues era indudable que por ahí había algún cuerpo. Pero no pudimos dar con el lugar de donde había salido esa alerta, y por más que gritamos nadie nos respondió. Nos armamos de paciencia y seguimos andando. Las piernas nos flaqueaban, la izquierda de la mía la sentía envarada y muy adolorida. Además, yo andaba con los pantalones mojados, lo mismo que las botas, a consecuencia de mi caramañola hinchada como pelota y cuando yo corría de un punto a otro el agua se escapaba a veces botando la tapa.

Por fin oímos muy cerca un nuevo *quien vive*, y a ese punto nos dirigimos. Encontramos acampado el Chillán y también algunos pocos del Aconcagua que habían llegado poco antes. Los oficiales de ese regimiento descansaban tendidos en el suelo y yo les hice compañía; acostándome al lado de ellos. El suelo era algo blando, pues con el poco pisoteo que habían tenido para acamparse, la tierra se puso suelta como un camino público. Estábamos abrigados del lado del campo de batalla por una tapia, en la cual habían centinelas. La tropa dormía en su mayor parte. Los oficiales nos pusimos a conversar sobre los sucesos del día.

¡Qué noche pasé! Con mi morral y mi caramañola, que han sido inseparables para mí como la espada, puestas a mi lado, el brazo derecho por almohada, la tierra por colchón y el cielo estrellado por frazada... unas pocas veces conversando, otras

dormido, otras despierto; con las botas que se iban poniendo tiesas a medida que se iban secando, y las medias pegadas con sangre seca o fresca de las peladuras que las botas y traspies me habían causado; con un hambre perruna y sin una dura galleta siquiera que mascar; con una sed insaciable y tomando agua por pequeños traguitos para humedecer mis secas fauces, porque era poca, con todo el cuerpo adolorido, cual si me hubieran dado una tremenda paliza, con la cara y manos tiesas de tierra humedecida con el sudor, con el recuerdo de las fatigas del día y el de los heridos y muertos que acababa de dejar atrás... Digo que todo esto me hizo pasar una noche amarguísima. Mi alma estaba triste, a pesar de la espléndida victoria que había coronado nuestros afanes y trabajos. Ya esos miles de infelices compañeros que quedaban tendidos, solos, sin que una mano conocida se les acercara brindándoles humanitario auxilio; éstos estaban en incomparable peor situación que yo. Este recuerdo hacía que yo diera gracias a Dios, que me había dejado con vida y sin ese tristísimo desamparo en que yacían los bravos de la 3ª División.

Yo comuniqué a los nuevos amigos del Chillán los temores que tenía de que se murieran muchos esa noche por falta de auxilios. ¿Y qué podemos hacer?, ¿cómo les prestamos socorro? Esto decíamos porque realmente nada podíamos hacer, cuando ni una ambulancia se encargó de recorrer el campo, como era su deber y la única que tenía los utensilios necesarios para estos casos, nosotros sólo podíamos lamentar las desgracias, pero no remediarlas. En efecto, por falta de auxilios murieron muchos esa noche. Tocándole también esta desgracia al pobre Rubio, que poco antes lo había dejado yo hablando con todos los que me seguían.

¡Cuántos encontraron su tumba en Miraflores, a las puertas de Lima! Chile entero debe orar por el descanso eterno de las almas de esos soldados, que han muerto en su puesto, silenciosos, al lado de su rifle, recostados sobre el pasto, fija en el cielo la vista y sin luz ni brillo... ¡Gloria a ellos!

16. Domingo. Apenas sentí tocar los golpes de diana, me levanté, hice levantar a los soldados que había llevado, y ya claro el día me puse en marcha en busca de mi regimiento y el de los soldados que ya tengo mencionados. A la derecha del campamento del Chillán, y como a una cuadra de distancia, estaba el Buin, uno de cuyos oficiales me llamó para anunciarme que ahí estaba un teniente de mi cuerpo herido. Fui al lugar que se me indicaba y encontré tendido en el suelo, medio tapado con un poncho, al teniente Letelier, pálido y con una grave herida en el costado derecho. A dos pasos de él estaba muerto un soldado de la 1ª del 1º. Ya hacían muchas horas que no recibían auxilios de ninguna clase. Me suplicó le buscara una camilla para que lo llevaran a una ambulancia. Le dejé un cabo de no sé qué compañía que encontré cerca, para que lo cuidara mientras yo llegaba al regimiento.

Nadie me dio noticias del Aconcagua, ni de ningún cuerpo de la 3ª División. Sólo notaba que muchos soldados dispersos caminaban en dirección a Miraflores, es decir, que yo siguiendo esa corriente, tenía que desandar el camino recorrido en la

noche. Aunque yo apenas daba paso, porque la pierna izquierda me amaneció más adolorida y los pies muy lastimados, tuve sin embargo que seguir adelante, pues oí decir que todas las divisiones iban a avanzar camino a Lima.

Yo caminaba esta vez por un ancho callejón, por un lado del cual estaba la línea férrea de Chorrillos a Lima. A la derecha empezaban los extensos potreros en que se había librado la batalla. A la izquierda habían iguales potreros; pero sólo en los otros estaban las grandes fortificaciones con que los limeños habían estado desafiando tanto tiempo. Los soldados que llevaba se me fueron adelantando poco a poco y yo los dejé que buscaran sus regimientos. Quedé nada más que con un cabo, el mismo que encontré en el último fuerte.

Después de larga caminata llegué a inmediaciones de la estación de Miraflores. Gran movimiento de tropas veía por todas partes. La artillería de la 3ª División alistaba sus piezas, mientras algunos batallones y regimientos iban llegando del lado de Chorrillos, de donde yo llegaba también. Pero nadie sabía una palabra del Aconcagua. Varios soldados del mismo cuerpo encontré afligidos haciendo las mismas preguntas que yo. Igual cosa hacían varios individuos de otros cuerpos, oficiales y tropa. Me senté en un tapial resuelto a incorporarme a algún cuerpo, y así lo habría hecho, si después de tomar noticias y de andar todavía algunas cuadras, no hubiese dado al fin con el campamento de mi regimiento. Cuando llegué serían las 10 A. M.

Gran alegría me causó el encontrarme en mi compañía. Los oficiales fueron a verme, creyendo unos que yo estaría muerto, a juzgar por mi desaparición, y otros que sólo estaría herido. Yo me senté y tendí en el pasto, cansado y con hambre mayúscula. Luego oí a cada uno la relación de los sucesos de la víspera. Muchos habían sido muertos y heridos. Muchos compañeros de menos; muchos cuyo destino se ignoraba. Tal era el resumen de nuestras primeras conversaciones. Ninguno de los jefes había salido con un rasguño. El caballo del Comandante Bustamante sacó un balazo en la paleta izquierda. Al teniente Mascayano una bala le rompió el quepis, y por media pulgada no le destapa la cabeza.

Y oyendo todo esto, pensando en que no había qué comer, tragando y medio masticando las hojas de una cebolla sin sal, como para engañar el estómago (como si alguna vez se la hubiéramos pegado...) me quedé dormido, pero para despertar con nuevas conversaciones y relaciones. El subteniente Domínguez casi me hizo derramar lágrimas al referirme la muerte de Byssivinger.

Como a las 8 A. M., o menos, había llegado de Lima una locomotora con dos banderas blancas y arrastrando al mismo carro de la víspera. Este pequeño convoy llegó cerca de la estación de Miraflores y se paró. Gran curiosidad había por conocer el resultado de esta nueva comisión. El pensamiento dominante era entrar a Lima por medio de las armas y no por la paz.

Como a las 12 A. M. se comisionó al subteniente Alamos para que con 20 hombres armados fuera a enterrar a Byssivinger. Con permiso del Comandante fui yo



también. En una estrecha plazuela que forma la Estación del Ferrocarril, casi en el medio, estaba el cadáver de mi finado amigo, descalzo, descubierta la rubia cabeza, inclinado al costado izquierdo y un poco desfigurado el rostro, ennegrecido por la tierra. Estaba tieso como un palo. Al levantarlo se le cayeron los sesos. Se le metió adentro de una sábana; los soldados lo tomaron de las cuatro puntas y con las piernas colgando lo llevaron al cementerio, una cuadra, más o menos, de ese lugar. En la misma plazuela habían otros muertos, entre ellos el oficial peruano por el cual cayó Byssivinger. La vista de los cadáveres nos era ya familiar.

El cementerio de Miraflores es un cuadrado muy desaseado en el suelo, paredes y tumbas. En el frontis se lee:

“Fue construido por la H. Municipalidad en 1875 y se bendijo en 16 de mayo del mismo año”, tiene algunos nichos por el estilo de los que he visto en el cementerio de Tacna, y en las inmediaciones de los de la derecha fue enterrado Byssivinger. Sólo el deber de dar el último adiós, aunque fuera al cadáver de mi amigo, me hizo hacer este viaje, pues sufría mucho de los pies.

Después que volvimos al campamento vimos seguir a Chorrillos la locomotora antes mencionada. Yo les oía decir a muchos soldados de distintos cuerpos “¿no nos vendrá a hacer lesos como ayer esta máquina? Ahora es cuando la habíamos de agarrar a balazos nosotros”. A este tiempo se esparcía la especie de que ayer los peruanos habían hecho fuego creyendo que nosotros los íbamos a atacar, y que el General en Jefe sólo pensaba tomar sus posiciones y no pelear por entonces, confiado en lo pactado con los plenipotenciarios, los cuales ya venían a terminar las paces cuando sintieron los primeros tiros y tuvieron que devolverse.

En la tarde este día oficiales y tropa se fabricaron ramadas tejidas con ramas o compuestas de sacos que sacaron por cientos de una vecina trinchera. Por este hecho de los sacos vine a comprender que la noche anterior había yo pasado cerca de este campamento que había quedado a mi derecha, cuando caminaba rectamente al frente, a Chorrillos.

Se mató un buey y con eso ya se nos volvieron los colores de la cara. El pueblo de Miraflores también fue saqueado, como Chorrillos y Barrancas. Nuestros soldados llegaron este día cargados de cebollas, libros, trajes de paño y muchas otras cosas. Los músicos de la banda se proporcionaron buenos trajes de paño negro de un almacén que encontraron abierto.

Durante el día fueron llegando dispersos de este regimiento. Unos habían dormido en el campo y otros en algún campamento. Todos habían pasado primero al pueblo de Miraflores y llenado el morral con algo de comida.

Apenas se oscureció, todos nos acostamos en el pasto, en alguna frazada o en sacos de las trincheras. En cuanto a taparse con algo, eso no era ni pensado, porque nadie tenía más que la ropa puesta. Yo me acosté en una especie de *limpiapiés*, que un



soldado me prestó en el día y que yo me vi en el caso de apropiármelo, porque la guerra es guerra. Y para dar reposo a mi pobre humanidad no tuve más que meter mi cabeza dentro de una pequeña ramada del capitán Ricci, quedando lo demás afuera, como las perdices. Esta noche era al fin más tranquila que la anterior.

En este día no se alcanzaron a enterrar todos los muertos. A una docena de pasos del lugar en que dormíamos había un muerto de no sé que cuerpo, y así ha pasado sin que una tela lo cubra. Cosas de la guerra.

* * *

La renuncia presentada por Rosales ha sido aceptada. Por razón de salud y por tener “una madre moribunda”. El último párrafo del libro cuenta de su vuelta a Valparaíso donde había embarcado 13 meses antes (p. 280)

¡El domingo 1º de mayo, siendo aún de noche, oí varios gritos: “¡se ve el faro”, “se ve el faro” A pesar del frío y de los tremendos balanceos del vapor, subí sobre cubierta, donde todo el mundo roncaba. A proa se veía la luz que nos indicaba que en pocas horas más íbamos a pisar el suelo de la patria. Poco a poco el gusto fue invadiendo todos los corazones, y ya nadie durmió. El canto de los marineros y la bulla que metían algunos soldados, charlando como unos loros, me pusieron de muy buen humor. Para calentar el cuerpo, di sobre cubierta largos paseos. En esos momentos (4,30 A. M.) estábamos en la *boca del puerto*. El vapor seguía dando brincos tremendos, que apenas me dejaban parado. Por fin, el oriente empezó a enviarnos, junto con un viento algo más que fresco, esa indecisa claridad que precede al día, ¡la aurora de la mañana! Luego empezamos a ver salir como de entre las olas, y a nuestro frente, buques, casas, cerros. Distinguí a los almacenes fiscales, que semejaban a cajas de fósforos paradas. ¡Qué gusto teníamos todos!

A las 8 A. M. se largó ancla y aquí empezó la bulla y algazara. Todos queríamos bajarnos sin pérdida de tiempo y tomar el tren de 10. Pero no fue posible. Como a las 9 desembarqué yo mis bultos y los dejé en la estación del muelle. Todos los oficiales del Aconcagua nos quedamos ese día en Valparaíso, yo alojé en Hotel Laffayette donde también estuvo Canto. Al día siguiente éste marchó en el tren expreso a San Felipe, con Izquierdo y Bari y yo me vine a Santiago en el tren nocturno, expreso que sale a las 5 P. M. de Valparaíso, y llegué a las 10:30 A. M. del 2 de mayo.

Doy gracias a Dios que me ha dejado volver sano y libre de enfermedades.